

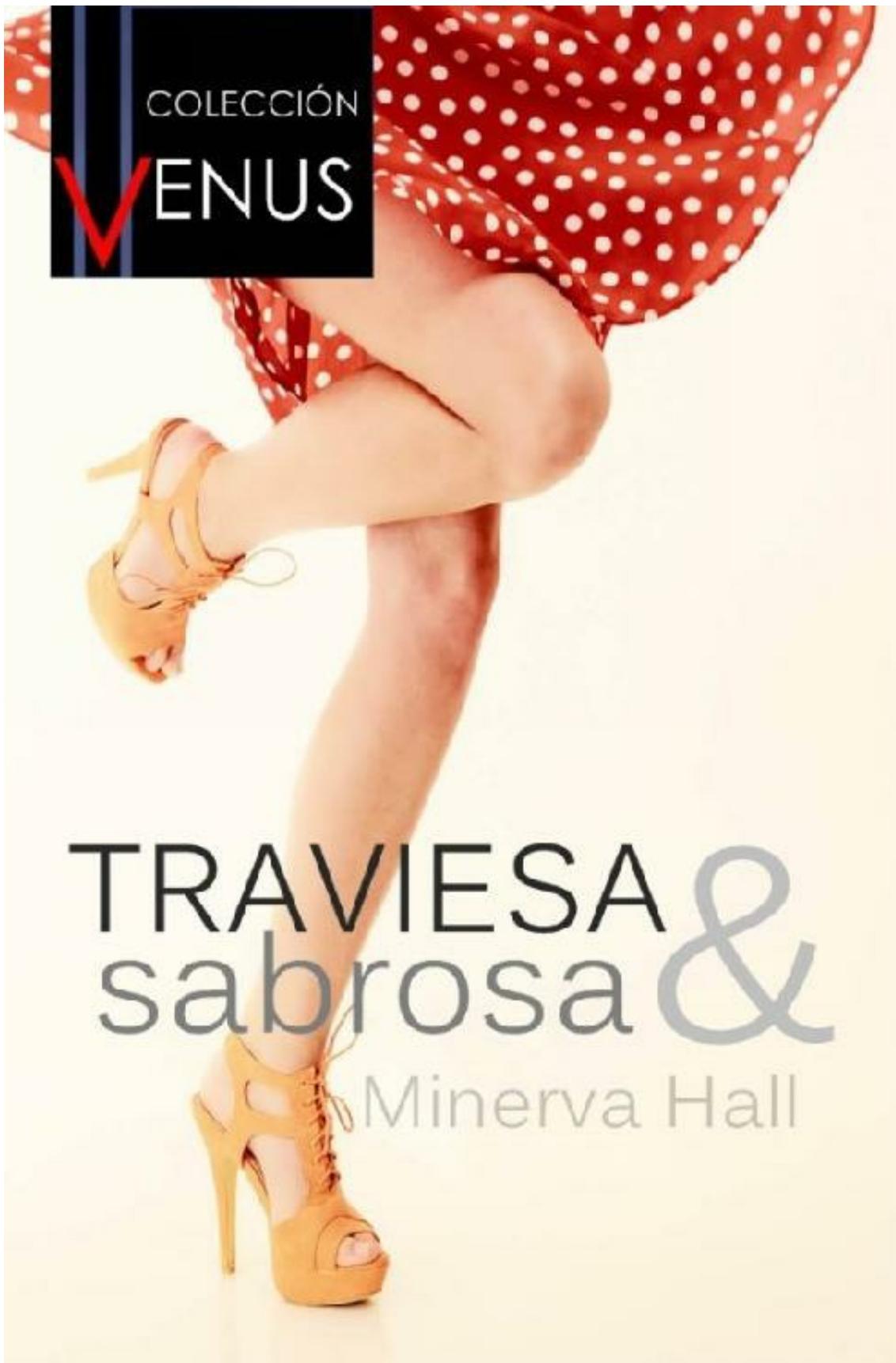
A photograph of a woman's legs from the knees down, wearing a red dress with white polka dots and orange high-heeled sandals. The dress is flowing around her legs. The background is a plain, light color.

COLECCIÓN

VENUS

TRAVIESA &
sabrosa

Minerva Hall



COLECCIÓN
VENUS

TRAVIESA
sabrosa &
Minerva Hall

TRAVIESA
&
SABROSA

MINERVA HALL

Copyright © 2017 Minerva Hall

Copyright portada © Fotolia

Diseño Portada: M. H.

Maquetación: M. H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

All rights reserved.

SINOPSIS

Jillian Lamb tiene un oscuro pasado que quiere dejar atrás a toda costa. Y con él, olvidar al hombre que tiene la manía de colarse en sus sueños más calientes y revivir recuerdos que es mejor desterrar al olvido. Es una mujer pragmática que ya no está dispuesta a complicarse la vida, por más caliente que sea ese bombero que la vuelve loca.

Christian Santos siempre ha sabido lo que quiere. Su único objetivo en la vida es divertirse y disfrutar de unas horas de pasión entre los brazos de cualquier dama dispuesta. Huye de las relaciones y el compromiso, aunque Jillian siempre tuvo la capacidad de poner todo su mundo patas arriba.

Pero cuando el pasado vuelve para morderles a los dos en el trasero, se encuentran deseando más que una noche ardiente entre las sábanas anónimas de cualquier motel.

La Otra Estación tan solo es la excusa que ambos se ponen para disfrutar de un pequeño *affair* que amenaza con dejar al descubierto los viejos miedos y robarles a los dos el corazón.

DEDICATORIA

A mis lectoras más traviesas.

Espero que disfrutéis de esta nueva aventura.

Bienvenidas a Gold River una vez más.

ÍNDICE

[DEDICATORIA](#)

[ÍNDICE](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Fulminó la diminuta tarjeta de visita roja con letras doradas por infinitésima vez en las últimas dos semanas y se dijo que no podía tener miedo de aquel minúsculo pedazo de papel, que había llegado a sus manos de la forma más inesperada posible. Jillian no temía a nadie, mucho menos a un objeto inanimado que no tenía poder alguno, no más allá de recordarle algo que deseaba tener desesperadamente y que no se atrevía a coger.

Ironías de la vida. Ella, una ex-agente encubierta de una de las agencias más famosas del país, asustada de un diminuto papel. Si tan solo tuviera el valor de arrojarlo a la basura y olvidar aquella gilipollez, pero lo había recuperado varias veces, incluso había remendado los pedazos que Susan, en un arrebató, había dejado abandonados durante un rápido almuerzo en la mesa del café.

Si sus mejores amigas supieran las historias y los impulsos que la rondaban, pensarían que se había vuelto completamente loca y, lo peor, no les faltaría razón. Incluso ella misma empezaba a pensarlo.

Se preguntó si estaba preparada para lo que suponía hacer aquella llamada. Sabía que había algún misterio allí, uno que probablemente no querría descubrir, en vista de la actitud de las mujeres que, de poseer un interés más que evidente, habían pasado a desechar la posibilidad como si se tratara de un absurdo.

No habían pensado eso la primera vez que habían hecho la propuesta de que llamara y se pusiera en contacto con quienquiera que fuera el que estuviera detrás de aquel intento de agencia de gigolós-acompañantes o lo

que fuera.

Sentía curiosidad y tentación a partes iguales, pero hacía tanto tiempo desde su última experiencia sexual, que dudaba estar preparada para afrontar a un profesional.

Y si luego resultaba que había un loco tras aquella línea erótica de tres al cuarto, podría acabar todo muy mal. No era como si alguien pudiera batirla en una lucha honorable cuerpo a cuerpo. Era muy buena en varias disciplinas. Sin embargo, los locos tendían a cambiar las reglas, usar armas de fuego o atacar en diferencia numérica.

Había aprendido una valiosa lección en su última misión, una que jamás le permitirían olvidar.

Cerró los ojos aferrando con tanta fuerza su taza de café que le sorprendió que no se hiciera añicos entre sus dedos. No quería rememorar viejos recuerdos. Estaba harta de aquello, del miedo que todavía tenía la capacidad de paralizarla años después de pifiarla.

Debería mandar a la mierda todo y a todos, sobre todo esa parálisis que la hacía sentir impotente, asustadiza, como una ratita sin entrenamiento.

Si tan solo tuviera el valor de descolgar el teléfono y tomar el riesgo. ¿Qué tendría de malo? Si los rumores que le habían llegado a Susan eran ciertos, solo obtendría una noche de placer; si, por el contrario, aquello no era más que una tonta broma, solo ella sería consciente de su metedura de pata. Si había algún loco detrás, aprovechándose de mujeres ingenuas, podría desenmascararlo y acabar con él. Solo había ventajas allí.

Y los poderes superiores sabían lo mucho que necesitaba una distracción. Y si esta se la proporcionaba un hombre sexy y que sabía qué hacer con sus manos mucho mejor.

Dejó la taza en el fregadero tras dar un último sorbo y cogió el inalámbrico antes de que el valor la abandonara. Tecleó el número y contuvo

el aliento mientras esperaba a que alguien respondiera al otro lado.

Cuando el teléfono hizo un chasquido que anticipaba la respuesta, su corazón se saltó un latido, para acabar, más decepcionada de lo que esperaba, escuchando una voz grabada en el contestador automático.

»Ha contactado con La Otra Estación, ahora mismo no podemos atenderla, pero su llamada quedará registrada en nuestra base de datos. Si nuestro número ha llegado a sus manos, es posible que esté interesada en contactar con uno de nuestros agentes. Este servicio es gratuito y tan solo requiere de respuesta a un pequeño cuestionario sobre sus preferencias, que se le enviará por e-mail a la dirección que nos facilite cuando suene el pitido. Recuerde que nuestros servicios son discretos y que deberá firmar una cláusula de confidencialidad en nuestro contrato. Existimos por y para su placer. Sea paciente y no olvide dejarnos su dirección electrónica. Gracias por usar nuestros servicios.

Cuando la voz terminó, el pitido indicó que había llegado el momento de dejar el e-mail. Tuvo sus dudas, pero conteniendo la respiración lo explicó tan pronto como pudo, de carrerilla, sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo.

Aquel debía ser el cuestionario del que las chicas habían hablado. Conseguir un agente para cumplir sus fantasías era algo que una chica no podía rechazar tan fácilmente, por lo que no dejaba de sorprenderla que hubieran ignorado la posibilidad de disfrutar de sexo sin compromiso. Todas ellas, a excepción de Arizona y ahora Julieta que estaban comprometidas y satisfechas, tenían sus necesidades. Necesidades que no eran fáciles de atender en un pueblo como aquel, en el que no había suficiente gente como para pasar desapercibido si decidías echar una canita al aire.

Lo que te hacía preguntarte por la auténtica discreción de La Otra Estación. Dios, un bombero ardiente solo para ella...

Abrió su portátil y lo encendió. No estaba segura de que fueran a enviarle el cuestionario tan rápido, pero apenas podía parar quieta, ansiosa y con los nervios a flor de piel.

Era su día de descanso, por lo que su *Dojo* permanecía cerrado, a pesar de estar a mitad de semana. Solo llevaba unas horas en casa y ya se subía por las paredes, como siempre que decidía tomarse un día libre.

Jugó con la maltratada tarjeta una vez más y negó.

Se estaba volviendo completamente loca. Contactar un servicio secreto de citas... ¿en qué agujero de Alicia se había caído?

«Soy la candidata perfecta para un manicomio, joder».

Volvió a coger su teléfono, preguntándose si debía o no debía llamar a Susan y confesar.

Lo dejó sobre la mesa. Si lo hacía, probablemente acabaría echando el cierre a la floristería y presentándose en su casa en cuestión de segundos. Trataría de convencerla de hacer o no hacer algo que no sabía si estaba dispuesta a aceptar o dejar pasar de largo.

¡Estaba hecha un lío! Tenía cuarenta recién cumplidos y no dejaba de pensar como una colegiala, maldita fuera. Después de toda su experiencia, de todo lo que había visto, algo tan nimio como una aventura, tenía la facilidad de ponerla tan tensa como la cuerda de un arco a punto de disparar la flecha.

«Tienes que concentrarte. No pasa nada. Contestarás ese formulario cuando llegue, te asignaran un agente y si no te gusta, le pegarás una patada en el trasero. Eso es todo».

Si fuera tan fácil en la realidad como parecía en su cabeza... Pero la mente tendía a jugarnos malas pasadas, si lo sabría bien ella.

Respira profundo, mentalízate, entra en estado de relajación. ¡Puedes hacerlo!

No era el mejor momento para el yoga.

Dio un salto cuando un estridente sonido la avisó de que tenía un nuevo mensaje en su bandeja de entrada. Tomó aire, apartó la silla de la mesa y trató de sentarse erguida.

Arrastró con suavidad el ratón hacia el asunto y picó casi con temor. En cuanto se cargó la página y vio el logo tuvo que abanicarse. Varios hombres, todos ellos vestidos de uniforme (no solo bomberos, había algunos policías y, si la memoria no le fallaba en lo que a uniformes oficiales se refería, hasta algún militar), llevaban la chaqueta abierta, mostrando sus duros pectorales. Algunos con vello y otros depilados. Algunos evidentemente marcados y otros con una mera sutileza que a veces resultaba más excitante que lo evidente. No se veían sus rostros y aparecían enmarcados por aquellas doradas letras: «La Otra Estación. Agencia de placer».

Tragó saliva, repentinamente acalorada. ¿Sería la menopausia? Era demasiado joven para tener sofocos.

«Madre del amor hermoso», jadeó incapaz de contener más su respuesta. Bajó la mirada y leyó el encabezado del correo.

»Hemos recibido su mensaje y ha sido preseleccionada para participar en nuestro programa. Si todavía sigue interesada, por favor lea atentamente las siguientes preguntas y conteste sinceramente. Recuerde que la información que nos entrega es completamente confidencial y secreta. Cuando nuestro programa procese todos sus datos, recibirá un nuevo correo con el agente seleccionado, que se personará en su domicilio en las próximas veinticuatro horas. Esperamos que disfrute de nuestro servicio.

«Y esto va en serio, por lo que parece», pronunció en voz alta a la vacía estancia.

Deslizó la barra lateral y accedió al cuestionario tomando una respiración profunda. ¿Para qué esperar más? Si iba a hacer aquello, era mejor terminar con el asunto cuanto antes.

Leyó las escuetas preguntas y no pudo evitar esbozar una sonrisa ante alguna de ellas.

«¿Cómo que qué uniforme prefiero? Eso ni se pregunta. ¡Un bombero!». Podría haber añadido un comentario jocoso sobre el uso de la manguera, pero ¿para qué? Estaba demasiado trillado y a ella le gustaba ser original.

Incluso si conocía a cierto bombero que tenía la facultad de sacarla de sus casillas desde hacía años. Bombero que últimamente había decidido trasladarse a Gold River en un vano intento de tener una segunda oportunidad.

Y eso no iba a pasar, de ninguna manera.

Se detuvo un instante, preguntándose si existía la posibilidad de que el agente que le enviaran fuera Christian Santos, se dijo que eso no sucedería, porque ese hombre no había hecho una obra benéfica en su vida y, por lo que ella sabía, tenía un gusto en mujeres muy específico. No aceptaría cualquier cita a ciegas con el único fin de complacer a una desconocida.

Y desde luego no jugaría con su pequeño amigo (si era sincera, podía recordar que no había sido tan pequeño), en el lugar en el que vivía, dormía y trabajaba. No era un hombre de compromisos, de ningún tipo, si lo sabría bien ella.

Y por más que fuera su cruz personal, por más que la hubiera perseguido a través de cientos de kilómetros solo para hacer su vida más difícil, no significaba que sintiera nada especial por ella. Lo había dejado claro en varias ocasiones del pasado.

Continuó con las preguntas, respondiendo sinceramente, ¿por qué no? Estaba cansada de portar esa máscara de chica dura, de hacerle creer a todo el mundo que nada le importaba, que la vida era una aventura y que era dichosa no solo con su soltería, sino con todas las decisiones que había tomado en el pasado, presente y lo que había elegido para su futuro.

Una gran y burda mentira.

«Lo quiero todo», dijo a la habitación vacía.

Quería el príncipe, la historia de amor y una boda de cuento. Quería el amante ardiente, salvaje, que supiera qué tocar y cómo llevarla al más intenso y exquisito placer. También ansiaba al amigo, con el que compartir sus temores, sus ilusiones, las esperanzas de futuro. Deseaba el pack completo, desde hacía años.

Y nunca lo admitiría en voz alta, más allá de la soledad de su habitación.

Concluyó el cuestionario, abriendo su corazón y sintiéndose un poco estúpida por ello, pero lo envió antes de recuperar su buen juicio. Si lo eliminaba ahora, todo seguiría como estaba. Su rutina, su futuro vacío...

Enviándolo tenía la oportunidad de vivir una aventura, por breve que fuera.

¡Y necesitaba acción! No quería esperar más tiempo.

Cuando apareció la habitual cantinela en su pantalla reflejando que «Su mensaje ha sido enviado», se mordió el labio, negó y gruñó:

«¿Qué mierda he hecho?».

CAPÍTULO 1

—Eh, Chris. Acaba de entrar un mensaje al Otro Correo —insinuó su compañero sin dar detalles, no sabían quién podía estar escuchando y si el jefe se enteraba, podrían tener grandes problemas—. Salgo ya para mi cita, ¿podrías ocuparte tú?

Había tenido un día de mierda. Aburrido como una ostra en la estación, jugando con una pelota de goma, golpeando la pared y escuchando aquel estúpido sonido rítmico que empezaba a hacerle querer rechinar los dientes. Se preguntó una vez más qué diablo se le había metido en el cuerpo para llegar hasta aquel pueblo perdido de la mano de dios, cuando había tenido todo en su trabajo anterior. Incluida la discreción necesaria para su vida alternativa. La Otra Estación había estado en funcionamiento durante diez años y los chicos que la componían habían visto como una aventura seguirlo e instalarse en Gold River, incluso si se veían privados de la excitación de su trabajo oficial en la gran ciudad.

Aquí nunca pasaba nada, a excepción del loco que había atacado a la pobre chica del jefe, pasaban unas pacíficas jornadas rescatando gatitas y ancianas, mientras observaban las faldas que se dejaban ver cada vez que se escuchaba la sirena del camión. Había un pequeño grupo de groupies que los seguían como perritas en celo, pero ninguna de ellas sería jamás seleccionada para una cita a ciegas destinada solo y exclusivamente al placer.

—¿Qué pasa con Cole? Suele encargarse de todo ese rollo informático.

—Su hermana ha dado a luz, ¿recuerdas? Pidió unos días libres para acompañarlos, a ella y al bebé.

Su gesto se oscureció. La jovencísima hermana de Cole, April, era poco

más que una niña. Tenía veintiún años y había estado llena de sueños. Sueños que ninguno de los muchachos había aceptado de buena gana, al fin y al cabo todos habían sido como hermanos mayores, hiperprotectores con ella, pero cuando se unió al circo y vieron la felicidad plena que sentía cada vez que salía al escenario, ninguno de ellos pudo interponerse.

Cole el que menos.

Cuando meses atrás había llegado a casa tratando de disimular su estado, no logró engañarlos a ninguno. Todos se habían volcado en cuidarla y animarla, restando importancia al hecho de que un gilipollas había acabado con sus esperanzas y le había roto el corazón.

Todos amaban a aquel bebé, sin importar cómo hubiera sido concebido, pero despreciaban al hombre que lo había engendrado. No obstante, ninguno haría cargar a April con aquel conocimiento.

Suspiró. Sintióse muy viejo de pronto.

—Lo haré. Supongo que el resto están comprometidos para esta noche.

—Lo estamos.

—Cabrones con suerte... —espetó.

Sus últimas citas no habían estado mal, pero tampoco habían sido memorables. Lo había pasado bien, se había excitado y había jugado, como siempre, pero lo cierto es que en los últimos tiempos había empezado a sentir un vacío en su interior. No era que estuviera interesado en sentar cabeza, antes se metía a monje, pero sí empezaba a preguntarse si no sería hora de retirarse del juego. De tomarse un descanso y dedicarse más a otros hobbies.

El sexo estaba bien, pero últimamente lo sentía repetitivo, una rutina y nada más. Precisamente él había rechazado la cita que Andy iba a tener esta noche. Eran los dos únicos bomberos en plantilla y solían estar bastante cotizados.

Habían escuchado todo tipo de chistes manidos de mangueras y fuego,

los recibían con una sonrisa y decían lo correcto. Terminaban yendo al grano y haciendo gritar de placer a su chica; después volvían a casa, una ducha y a la cama.

Al día siguiente o la semana siguiente, en función de cómo llegaran las cosas, volvían a repetir lo mismo. Al menos así fue al principio, ahora se reservaban solo para la noche de los viernes.

Gracias a Dios por aquel trato. Un hombre también tenía derecho a disfrutar de su soledad y de los amigos, tomando un par de cervezas en cualquier bar.

—Haberte quedado con la chica —espetó Andy largándose sin dedicarle una segunda mirada.

Cuando desapareció de su vista, se forzó a levantar el culo del asiento y volar hasta su portátil. Consultó la bandeja de entrada; desde que estaban en Gold River habían reducido el número de interesadas, también era cierto que no había tantas mujeres y que tenían mucho cuidado con las que recibían los datos de contacto. Solían dejar caer sus tarjetas en poblaciones cercanas, pero lo suficientemente lejos como para no ser detectados. Estaba seguro de que a mucha gente le disgustaría su diversión alternativa.

Picó sobre el mensaje y esperó impaciente a que se abriera. Sus dedos repiqueteando sobre la mesa metálica de la estación, mientras su mente seguía divagando entre las tareas que tenía que llevar a cabo cuando llegara a casa. Había comprado una casa vieja y estaba reformándola. Siempre le había gustado trabajar con sus manos, especialmente la madera, así que lijar, pulir y barnizar aquella vieja barandilla de la escalera no solo se había convertido en un reto, sino en una gran satisfacción. Le hacía preguntarse a un hombre por qué esforzarse tanto en conseguir grandes cosas, cuando la felicidad más absoluta estaba en las pequeñas. Sobre todo en aquellas que lograbas por ti mismo.

Mimo y cuidado, así había tratado cada pieza de aquella obra maestra. Arte en estado puro, que le hacía sentirse útil y despertaba mil ideas en su cabeza. Quizá debería dejar el cuerpo de bomberos y hacerse carpintero.

Negó divertido, mirando sin ver la pantalla, preguntándose cómo podría sobrevivir al aburrimiento una vez que pasara la novedad. Era un culo inquieto, una cosa era disfrutar con la reforma de su hogar y otra dedicarse profesionalmente a ello.

Además, tenía que admitir que le gustaba ser un héroe y salvar a la gente de situaciones difíciles.

O le había gustado. Aquí, en este lugar perdido de la mano de Dios... ¡Siempre estaba esperando! Y no era que quisiera que ocurriera una masacre, un accidente aparatoso o un gran incendio, pero podría pasar algo. Algo pequeñito que lo ayudara a lidiar con el aburrimiento.

Se forzó a concentrarse en el cuestionario y releyó una a una las preguntas y sus respectivas respuestas:

1. ¿Cómo ha conocido nuestra existencia?

Por una amiga.

2. ¿De qué manera cree que podemos ayudarla y por qué nos necesita?

Estoy aburrida. Necesito un cambio, una experiencia. Si viene acompañada por uno o más orgasmos, mejor que mejor. Llevo demasiado tiempo sin pasármelo realmente bien con un hombre.

3. Si tuviera que elegir uno de los siguientes uniformes y profesiones, ¿por cuál se decantaría?

¡Quiero un bombero! Sin chistes malos ni cursiladas. Un tipo que no tema aventurarse en zona peligrosa y que los tenga bien puestos.

4. Escriba tres requisitos que debería tener su pareja ideal.

-Que sea sexy, pero sobre todo que sepa qué hacer con una mujer. De nada me sirve un guaperas inútil, incapaz de proporcionarme placer.

-Que tenga personalidad y tome la iniciativa, pero que no tenga miedo de perder la batuta en ocasiones. No me importa que me dominen, siempre y cuando pueda dominar a cambio. Nada de azotes o cadenas, porque le devolveré todo con creces. Y no bromeo. Soy fuerte, sé cómo hacer mucho daño y no tengo miedo a usar mis conocimientos.

-Ternura. Sí, no lo admitiría en ningún otro lugar, pero a veces una mujer necesita afecto. Que no se largue nada más terminar, un abrazo no viene mal, especialmente cuando te sientes solo. Que no tenga prisa por abandonar mi cama para ir a la de su siguiente clienta. Quiero que me haga sentir única, incluso sabiendo que es mentira.

5. *¿Tiene alguna preferencia respecto al lugar de encuentro o tipo de velada?*

Solo una condición. Fuera de Gold River, no quiero encontrarme por casualidad con algún conocido, aquí los rumores corren como la pólvora. Y estaría bien cenar antes de ir al asunto, para romper el hielo, pero estoy abierta a todo tipo de posibilidades.

A continuación aparecían los datos de contacto, número de teléfono, nombre y apellidos y dirección.

El cuestionario era parecido a muchos otros, no así la identidad de la solicitante. Chris apenas si podía creer su suerte, apenas si podía procesar la información. ¿Al final el destino había decidido complacerlo dándole un divertido regalo? ¿Cuánto tiempo había querido resarcirse con Jillian por el pasado? ¡Y ahora tenía una oportunidad!

Rio sin poder evitarlo, sintiéndose repentinamente más vivo que en los últimos tiempos. Diciéndose que, después de todo, no había cometido un error al dejar su vida atrás y seguirla a aquel lugar perdido de la mano de Dios.

Si no lo hubiera hecho, esta oportunidad nunca se le habría presentado,

era consciente de ello.

Iba a recordarle lo bien que estaban juntos, la facilidad que tenían para compenetrarse en la cama y por fin podría sacarla de su sistema, ignorarla y dejar a un lado todas esas extrañas paranoias que habían inundado su mente desde aquella última vez.

Quizá incluso recuperar su vieja vida. Coger a su equipo y regresar a la aventura que habían tenido día a día en el pasado.

Releyendo el cuestionario una vez más se sintió identificado con ella, se preguntó si en parte era culpable de su insatisfacción, si como él, a cierto nivel, había comparado a sus nuevos amantes y sus encuentros con lo que ambos habían compartido hacía años.

Ninguno de los dos eran los mismos de entonces. No había emociones o sentimientos profundos entre ambos, pero sí un conocimiento intrínseco.

Había intentado seducirla, quizá en demasiadas ocasiones desde que había llegado allí, la última vez durante la boda de su jefe. No había surtido efecto. Tampoco lo había esperado, de la misma manera que su preciosa Jill no esperaría lo que estaba a punto de recibir.

Ella quería placer y si algo sabía hacer, era complacerla. Al sexo opuesto en general y a Jillian en particular. Juntos hacían estallar fuegos artificiales y a pesar de eso, lo había dejado atrás.

Si, era cierto que no habían tenido una relación exclusiva. Se habían acostado con otras personas mientras estaban juntos. Sin rencores ni promesas, pero perderla, ver cómo dejaba todo, incluso a él, sin preocuparse en echar la vista atrás... le había quemado como un hierro ardiente.

Y cuando descubrió el lugar en el que se escondía, había convencido a sus muchachos para hacer la maleta con excusas vanas y la había seguido.

Nadie era consciente de sus auténticos motivos y era mejor que quedara así. Todos se habían sentido un poco hastiados. Algunos de ellos, como Cole,

un ex-marine, se había retirado tras una misión especialmente difícil. Le habían ofrecido un trabajo como instructor no queriendo prescindir de él, pero lo había rechazado. Cuando recibió su oferta, la había tomado como lo que era, un nuevo comienzo. Gold River le ofreció estabilidad para sacar adelante a su hermana, ahora herida, y proporcionarle un entorno seguro donde poder criar a su sobrino.

Andy era un amante de los desafíos. Le gustaba la naturaleza, los deportes de riesgo y la paz que la pequeña población ofrecía. De hecho, no se conformaba con su trabajo actual, sino que solía embarcarse, de vez en cuando, en alguna tarea que ponía en peligro su vida. Rescates específicos en situaciones complicadas, generalmente en el extranjero. Lo hacía durante sus vacaciones y cuando volvía, a pesar del cansancio, podía ver la chispa incendiándose en sus ojos.

Y luego estaba Thomas, un policía divorciado que había recibido más disparos de los que podía contar. Tenía una leve cojera crónica y algunas cicatrices que hacían estremecerse incluso a un curtido bombero como él. Vivía con su hija pequeña en Gold River, había abierto un próspero negocio navideño, algo así como un campamento, y de momento parecía estar funcionando. Había dejado a un lado su peligroso trabajo para cuidar de la niña, aunque seguía participando como voluntario en varios equipos de rescate. Si alguien se perdía, era el primero en unirse a la partida de búsqueda y arriesgar el pellejo.

Aquellos que vivían con la adrenalina en las venas, no podían simplemente ignorarla. Ni siquiera por amor.

Y no era que él tuviera alguna idea sobre el asunto. No recordaba haber querido a nadie. Se había criado en diversas casas de acogida, abandonado por su padre después de la muerte de su madre, se había encontrado repentinamente solo en el mundo. Quizá por eso cuando tuvo edad suficiente

se había refugiado en lo que mejor sabía hacer: el sexo. Le daba el contacto suficiente como para sentirse conectado, pero sin poner en riesgo su corazón.

Y su profesión... No había sido difícil. No se veía como un policía o un soldado, pero la aventura y la fuerza que se precisaba para ser bombero... La capacidad para mantener la mente fría en situaciones difíciles y entrar en un edificio ardiendo o rescatar a alguna mujer, hombre o niño que había quedado atrapado entre los hierros de algún automóvil que circulaba demasiado rápido, le daba el punto aventurero que necesitaba y tocaba su corazón lo suficiente como para que no se sintiera como un cabrón sin sentimientos.

Era un hombre que se preocupaba por los demás, que disfrutaba ayudando y salvando a gente en apuros. Quizá, como alguna vez le habían acusado en el pasado, tenía complejo de héroe.

Jillian lo había mencionado en más de una ocasión.

Y sin embargo... ¡a ella no había podido salvarla! Ni siquiera sabía los motivos que la habían transformado en la mujer que era ahora. En el pasado había estado llena de vida, disfrutando cada segundo al límite, jugándose el pellejo con cada misión. Disfrutando con él entre las sábanas sin pedir nada a cambio. Habían sido amigos, habían sido amantes, pero en el fondo, nunca había confiado realmente en él.

Y eso era lo que más le dolía de todo.

La sirena de la estación sonó entonces, sacándolo de sus pensamientos. Finalizó la sesión y se puso en marcha a toda prisa, sintiendo cómo la adrenalina ya llenaba cada célula de su cuerpo.

¡Al fin diversión!

Salió corriendo, se puso el equipo y se encontró con el jefe. Dylan lo miró con una seriedad propia de su carácter.

—Un accidente en las afueras del pueblo. Parece que hay heridos,

necesitaremos la ambulancia.

Chris se encogió incluso sin querer.

Después de todo, podía ser que no fuera nada divertido.

«Dios, no dejes que haya niños».

CAPÍTULO 2

Todavía no había recibido respuesta para su correo y estaba empezando a ponerse nerviosa. Quizá había sido una gilipollez intentarlo. ¿Quién en su sano juicio escribía a una agencia de contactos?

Y si al menos hubiera tenido que pagar una factura, podría haber pensado en ello como un negocio, pero parecía que aquello no era otra cosa que un grupo de pervertidos buscando placer.

«Dios, Jillian. ¿Qué cojones has hecho?».

De nada servía recriminarse. A lo hecho, pecho. Tendría que hacer de tripas corazón y rezar para que el tipo en cuestión fuera algo parecido a lo que se había imaginado. Porque si después de todo el esfuerzo, resultaba ser un gilipollas sin cerebro y sin habilidades manuales, iba a sentirse como una completa idiota.

Un poco más de lo que ya se sentía.

Se forzó a cerrar el portátil y puso la tele. Hizo zapping un rato y luego maldijo. ¿Es que habían decidido ofrecer una programación torturadora para el telespectador, con el fin de que salieran a disfrutar al aire libre?

Era una mujer de naturaleza. Le gustaba estar fuera, sentirse libre. Odiaba la presión que ejercían sobre su humor las paredes de su hogar, pero hoy no tenía ganas de nada. Quizá, si no hubiera temido encontrarse con alguna de sus amigas, se habría cambiado y habría salido a tomar una copa, pero en estas condiciones, lo mejor era estar clausurada y no pensar.

Estaba cerca el famoso aniversario y ya se sentía inquieta. Seguramente, se debía a su estado mental actual, tan desequilibrado que apenas podía

concentrarse en nada más, lo que la había llevado a cometer aquella locura.

Un gigoló, nada más y nada menos. ¡Qué barbaridad!

Y sí, llevaba al menos dos años de celibato, pero ¿qué importaba eso? Podía disfrutar con sus juguetes, con sus manos, incluso si eso siempre tendía a dejarla vacía al final y la hacía sentir un poco sucia y egoísta.

Egoísta porque ella podía seguir respirando y sintiendo placer mientras que ellos...

Se llevó las manos a la cabeza, tratando de borrar aquellas imágenes de viejos recuerdos. Se había dicho una y mil veces que el pasado no se podía cambiar, quizá era el momento en que empezara a creerlo, porque si seguía así, su pena y su sentimiento de culpabilidad, acabarían destrozándola.

El timbre de la puerta la sobresaltó, quizá porque no esperaba visitas.

Miró su cuerpo, pensando que no estaba vestida para recibir visitas, así que se desharía de quienquiera que fuera que se encontrara al otro lado y seguiría con su sesión de lamentos.

Abrió con intención de mandar a la mierda a su visitante, pero cuando registró la identidad del hombre que estaba de pie frente a ella, con gesto oscuro, se quedó sin palabras.

—¿Puedo pasar?

—No.

Ni loca iba a dejar entrar al único tipo que había alterado sus hormonas lo suficiente como para que pasara por alto su tendencia a acostarse con todo lo que tuviera patas. Y la culpa de haber sentido por él algo que él jamás podría sentir a cambio había sido solo suya, había aceptado las condiciones de su acuerdo: relación abierta. Todavía le sangraba el corazón cuando aquella noche, rota y desesperada, había llegado a su apartamento, para ver la silueta de dos cuerpos retozando contra la ventana del dormitorio.

No había tenido derecho a sentirse herida, porque no tenían exclusividad,

pero le había dolido.

Por eso había dejado todo atrás y se había marchado. Por eso había empezado de cero en Gold River, sin mirar atrás. Sin dedicarle un segundo pensamiento hasta que un buen día él llegó para quedarse y recordarle cada segundo de su traición y su incapacidad para hacer como debía hacer su trabajo.

—Vamos, Jill. No me jodas. Tenemos que hablar y he tenido un día de mierda.

—¿Muy aburrido de la tranquilidad de un pequeño pueblo perdido entre las montañas? Nunca debiste venir aquí.

No tenía intención de hacerle daño, pero en sus palabras había cierto veneno. No sabía si en contra del hombre o contra sí misma, pero la desesperación no era un sentimiento agradable ni satisfactorio.

Se sintió aún más mezquina que nunca antes.

—Mira, ya conozco esa historia, pero ten en cuenta que vengo de ver algo horrible en la carretera. Dos coches han chocado de frente, dos familias rotas. Necesito un respiro, Jillian. Solo cinco jodidos minutos.

—Podrías al menos hablar bien, estás llamando a la puerta de mi casa.

Sin embargo, se hizo a un lado y le permitió pasar.

—Gracias —dijo con cierto alivio—. Sé que me odias y me gustaría saber por qué. Por una vez, podrías ser sincera conmigo y contarme qué pasó, qué hice que te disgustó tanto.

—No hiciste nada —respondió cerrando tras ella y apoyándose contra la puerta. Mientras él tomaba asiento y la miraba desde lejos, sintió cómo el viejo calor ocupaba la parte más peligrosa de su cuerpo. Su vientre se llenó de una tensión y calidez para nada desconocidas y deseó tener todo de él y un poco más. Volver a sentirlo en su interior, profundo, reclamándola.

Solo Chris había conseguido quebrar sus barreras y llevarla a esos

arrolladores orgasmos que tanto echaba de menos.

—Y sin embargo saliste corriendo, como alma que lleva el diablo, sin un adiós o un hasta pronto o tan solo un «estuvo bien mientras duró».

—Déjame corregir lo que acabo de decir. No hiciste nada, que no esperara.

—¿Y qué mierda significa eso?

—Nada. No significa nada. Mira, tengo un mal día. Un día de mierda en realidad y lo que menos necesito es remover el pasado, así que si has venido por eso, ya puedes dar media vuelta y largarte de aquí.

—No he venido por el pasado —espetó entonces sacando unos papeles del interior de su chaqueta—. He venido por el futuro. Por una noche en realidad.

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro sin perderla de vista. No quería mirar aquellas hojas blancas, no quería confirmar que él era su gigoló asignado, porque eso significaría que había sido testigo de su momento más bajo. Pensaría que estaba completamente desesperada y, lo peor de todo, tendría razón.

—No sé de qué hablas.

—Sí, lo sabes, Jill. No tienes que avergonzarte. Has pedido un bombero para complacerte y aquí me tienes. Bienvenida a La Otra Estación, agencia de acompañantes y dadores de un increíble placer sensual. Soy tu cita.

—No. Ni hablar. Me niego rotundamente —alegó nerviosa—. No puedo tener tan mala suerte.

Hablaba solo para sí, pero él escuchó sus palabras. Se levantó y la acorraló, obligándola a sentir el calor que desprendía su cuerpo.

—En realidad, no es cosa de la suerte, es el destino. Tú y yo necesitamos un cierre, Jillian. Esta es nuestra oportunidad de concluir lo que quedó pendiente entre los dos.

—Eres tan irritantemente seguro de ti mismo, que me dan ganas de vomitar.

—Puede que sí, pero esto son negocios. Una noche de placer, nada más.

—Fuera de Gold River.

—Por supuesto.

—¿Por eso has venido a mi casa? ¿Por eso te has presentado con esa cosa, sea lo que sea, y me impones tu presencia? Necesito olvidar, no recrearme en el dolor del pasado. No... simplemente no puedo.

Le faltaba el aire y sentía las lágrimas pujando contra sus párpados. No iba a llorar delante de él, era una mujer dura. Una que no necesitaba nada más que a sí misma. No iba a abrir su corazón, perdería su reputación si alguien descubría lo que ocultaba bajo la dura fachada.

Especialmente, su enemigo número uno.

—Jill...

Sintió sus manos sosteniéndole la cara, mientras la miraba profundamente a los ojos. No podía soportar esa mirada, no podía contener el ardor de las lágrimas aposentado en sus ojos y su garganta. Su corazón se aceleró, todo su cuerpo al borde del colapso, pero no podía permitirselo. No ahora, no delante de él.

—No digas nada y solo vete. Olvida que escribí, que quise... Dios, ¡me he vuelto loca! No hago esas cosas. No soy así.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es eso tan terrible que guardas para ti? Déjame ayudarte.

—Solo quiero olvidar.

—Puedo hacer eso por ti. Empezaremos de nuevo, como si fuéramos dos desconocidos. Una fantasía, una noche. Solos tú y yo.

—¿Un trato comercial?

Seguía sintiendo sus cálidas manos, su cuerpo muy cerca del suyo, tanto

que casi sintió más que vio su asentimiento.

—Sí. Un trato, tú y yo.

—¿Una noche?

—Si eso es lo que quieres...

—Eso es lo que La Otra Estación ofrece, ¿verdad?

Pareció dudar durante un instante, pero terminó asintiendo.

—Así es.

—Una noche entonces. Es todo lo que puedo permitirme.

—Entonces, eso es todo lo que tendrás.

CAPÍTULO 3

Chris había cambiado de actitud desde el momento en que vio la desesperación en el rostro de Jillian. Nunca antes la había visto tan derrotada. Era una mujer fuerte, siempre dispuesta para una pelea, pero esta noche... Hoy solo parecía una ratita asustada, temerosa, como si todo el mundo estuviera a punto de descender sobre ella.

Y por algún extraño motivo, ese viejo corazón suyo que no se emocionaba cuando veía a una mujer, se había llenado de un cálido sentimiento que lo recorría por entero haciéndolo sentir más fuerte y capaz de devolver la risa y la esperanza a ese rostro que más veces de las que le gustaría admitir se había colado en sus sueños.

No era que estuviera enamorado de ella. Habían tenido una aventura intensa, cuando volvía a casa agotada tras cada misión y aunque no habían sido exclusivos, si había habido cierta camaradería especial entre los dos. Una amistad que echaba terriblemente de menos. Habían hablado de cualquier tema, excepto de sus otras conquistas, por supuesto; habían reído y comentado sus esperanzas de futuro. Compartido gustos y disfrutado de eróticos intercambios. Habían tenido cenas llenas de risas, habían cocinado juntos y quemado la cocina un par de veces; por suerte gracias a su trabajo siempre tenía un extintor a mano. Incluso le había enseñado un par de golpes buenos, por si alguna vez alguien trataba de irrumpir en su apartamento.

Jillian era una luchadora experta, dominaba distintas técnicas de combate y estaba seguro de que sería capaz de matar a un hombre solo con la habilidad de sus manos. No había hablado demasiado de su trabajo, no podía

hacerlo pues era confidencial, pero tenía ese aura de peligro que gritaba a los cuatro vientos que era mejor no joder con ella.

No literalmente, claro.

Había sido una fiera en la cama, su igual. Nunca lo había pasado tan bien con otra mujer. Había estado a su altura, siempre dispuesta a experimentar, siempre devolviendo tanto como le daba. Todavía recordaba sus gemidos, las caricias, lo que sentía enterrándose profundamente entre sus piernas.

Gruñó, su cuerpo estaba reaccionando a los recuerdos y dudaba que Jillian lo agradeciera en ese momento.

Tampoco él, no le apetecía pasear por el pueblo más cotilla de toda la región con una erección descomunal tensando la tela de sus pantalones.

—¿Te gustaría leer el contrato?

—¿Vas a hacerlo oficial?

—Nos gusta llevar un registro, tus datos serán confidenciales, pero podemos estipular qué deseas y qué no de nuestra cita. Qué está prohibido... Ese tipo de cosas. Para garantizar tu seguridad.

—No te tengo miedo. Podría dejarte K.O. en un par de golpes.

—Y eso es algo que los dos sabemos, pero esto es cosa de nuestra política.

—¿Lo llevarás después con un abogado?

—Te daré una copia, es un documento privado entre tú y yo. No tendrá validez a no ser que quieras que la tenga. Nadie conocerá su contenido, a excepción de nosotros. Solo es un seguro, pero es lo suficientemente legal.

—¿Me tienes miedo?

—¿Me lo tienes tú a mí?

Se miraron y las chispas saltaron entre los dos, como ascuas ardiendo. La química entre ellos seguía en buena forma, no era que hubiera tenido dudas en algún momento; pero le resultaba gratificante ver con sus propios ojos que

todavía quedaba algo entre ellos.

—Quiero hacer esto bien, Jillian, eso es todo.

—Nunca he dudado de tu palabra. Jamás. Ni entonces ni ahora, por mucho que haya tratado de mantenerme apartada de ti.

—Y sigo sin entender por qué lo hiciste. Éramos amigos. Sí, también amantes, pero sobre todo amigos. Y te eché tanto de menos cuando desapareciste...

—No te pongas sentimental conmigo, Chris. No te pega.

Le daba igual que pensara que se había vuelto blando. Quizá lo había hecho, pero era totalmente cierto que su corazón, ese tonto músculo, había querido recuperar al menos las noches de cenas. Las batallitas verbales y las risas.

Puede que no fuera demasiado tarde. Al fin y al cabo, ahora iban a tener otra noche juntos.

—Te deseo.

La mujer tragó saliva, procurando disimular la agitación que esas dos palabras le habían provocado.

—¿Ahora?

—Todo el tiempo —confesó Chris—, pero sí, ahora también.

—No puedes tenerme, todavía no hemos firmado ese documento.

La atrajo a él, tomándola por las caderas, ignorando los requisitos de aquel acuerdo. Olvidando todo excepto la necesidad de tenerla en sus brazos.

—No debemos...

—¿Ni siquiera por los viejos tiempos?

—Especialmente, no por los viejos tiempos —titubeó la mujer.

Pero podía percibir su deseo tan alto y claro como si se tratara de una señal de neón destellando las ansiadas palabras que anhelaba escuchar en voz alta.

Una sonrisa lenta y concedora modificó el masculino gesto y bajó su boca hasta aquellos tentadores labios. La besó, apenas un roce que pretendía tentar más que complacer.

—Siempre fue bueno, Jill.

—Pero ya no somos los que éramos entonces.

—Reconozcámonos. Déjame darte un anticipo de esa noche que deseas. Permíteme proporcionarte solo una pizca de ese placer que anhelas. Confía en mí.

La tenía justo dónde quería. Estaba a punto de rendirse, podía verlo.

La conocía tan bien... Solo tenía que decir las palabras adecuadas, tocar en los lugares correctos y volvería a ser temporalmente suya. Una parte de sí le recordaba que no debía aprovecharse de la debilidad de Jill y sabía que hoy no se encontraba en su mejor momento, pero ese lado canalla que siempre ganaba le gritaba a pleno pulmón que luchara por darle aquello. No solo por él, por su ego masculino o lo que fuera que lo motivaba, sino también por ella.

No le gustaba verla abatida y perdida, quería incendiar la chispa de nuevo en su cuerpo. Verla disfrutar de un inimaginable placer. Sentir su liberación, los estremecimientos de su cuerpo mientras se entregaba una vez más a él.

—No creo que sea una buena idea. Yo...

Pero sus manos estaban posadas en su duro torso, acariciándolo apenas sin darse cuenta.

Y esa caricia llegaba a lo más profundo de su ser y tocaba terminaciones nerviosas que creía olvidadas hacía mucho tiempo.

Cerró los ojos un instante, necesitando recomponerse. Si quería hacer esto bien, darle solo lo justo para dejarla ansiando aún más, tendría que controlar su propia libido. No podía permitir que el dique se rompiera y todo

el deseo insatisfecho de los últimos tiempos se hiciera con el control de su ya enfebrecido cuerpo.

Sostuvo sus manos, guiándolas hasta el dobladillo de su camiseta y la instó a colarlas debajo. Quería sentirla piel a piel, lentamente, mientras la poseía, pero todavía era demasiado pronto para ello. Tendría que bastar con una pequeña probada del placer que sabía que aquella mujer podía compartir con él.

—Chris, no creo que...

—Shhh —la acalló, sus labios sellando los femeninos en un dulce beso —. Todo está bien. No iremos más allá de lo que tu desees, no hay prisa, Jill.

—Esto es una locura. Tú, yo, el sexo después de todo este tiempo...

—Quieres una fantasía, permíteme serlo.

No respondió, pero no necesitó hacerlo, porque aquellas expertas manos se enredaron en el vello de su torso y tiraron ligeramente, provocándole escalofríos mientras su lengua lamía un recorrido por su cuello y le mordía el hombro.

Le quitó la ajustada prenda antes de que tuviera tiempo de procesar que las cosas se estaban apresurando; antes de recordar que necesitaba recuperar su compostura para que ella no pudiera recriminarle nada a la mañana siguiente.

—Jill... Cariño, tranquila. No hay prisa.

La tomó por la cintura y la pegó contra su erección, se frotó contra ella por encima de la ropa sin dejar de susurrarle palabras de ánimo al oído.

—¿Sientes lo mucho que te necesito? A ti, solo a ti. Ninguna otra mujer puede darme esto, Jill. Te echado malditamente de menos, me sentía morir, necesitaba estar cerca de ti.

La mujer buscó sus ojos, quizá esperando leer la mentira, pero solo había sinceridad en él. Incluso si eso lo dejaba en un lugar vulnerable frente a una

de las mujeres más fuertes que había conocido.

—No debiste dejar tu vida atrás, no para seguirme. Nosotros nunca tuvimos una relación de verdad.

Su mano entró por la goma de sus leggings y abarcó su trasero, para acercarla un poco más. Continuó acariciándola, tentándola y sintiendo cada estremecimiento de aquel cuerpo capaz de inmovilizar a un hombre en cuestión de segundos.

—No podía dejarte ir sin saber el porqué.

—El pasado ya no importa, Chris. No merece la pena rebuscar en la mierda.

Sus palabras sonaban entrecortadas, su respiración agitada, de la misma manera que la propia. Sus dedos traicioneros parecían tener vida propia cuando incursionaron entre las femeninas piernas.

—Sí importa, Jill. Quiero curar esa herida que siento en ti, déjame hacerlo.

—Un poco de... placer... ocasional... no...

Un gemido abandonó su garganta cuando apartó la tela de sus bragas y sus dedos sintieron la húmeda piel.

—Estás tan lista para mí, podría enterrarme duro en ti, darte lo que necesitas. Sería fácil ahora, Jillian, pero quiero más, mucho más.

No hubo respuesta. No formulada en voz alta, pero sus acciones resultaron completamente transparentes. Su rostro estaba encendido de pasión, se mordía los labios, los ojos entreabiertos y se pegaba más y más a él, buscando su contacto.

Los dos se necesitaban mutuamente, pero esta noche, ella lo necesitaba más a él.

Apresuró las caricias, tocándola como sabía que le gustaba, tentó su clítoris, hasta que escuchó y sintió la respuesta ardiente del femenino cuerpo

y sonrió cuando su dedo medio incursionó en su femenino centro. Gruñó de pura satisfacción por lo conseguido, a pesar de su propio deseo insatisfecho y la llevó a un potente orgasmo que la convirtió en mantequilla entre sus brazos.

Cuando las oleadas de placer empezaron a remitir lentamente, se retiró y mirándola a los ojos degustó su sabor.

—Exquisita y sabrosa, como siempre. Soy adicto a ti.

La mantenía sujeta con una mano por la cintura y estaban muy cerca. Podía sentir su respiración en la piel, la calidez de su aliento.

La besó entonces, no como un reclamo, sino como una promesa y recibió la respuesta que anhelaba y esperaba.

Se envolvió a su alrededor como un mono a una palmera provocándole nuevamente todas esas sensaciones que en el pasado le hicieron sentir letal.

Casi tanto como ella. Casi tan capaz de salvar al mundo como un supermán de película.

Podría haberlo hecho, podría habérsela llevado a la cama en ese momento, pero era demasiado pronto. Tenía que cumplir su fantasía y lo haría, pero no iba a escatimar en detalles.

No quería que Jillian pensara que era como las demás, porque no tenía nada que ver con ellas.

—Cierra la puerta con llave —murmuró contra sus labios, un instante antes de volver a rozarlos—, porque si no la echaré abajo y estaré en tu cama antes de que cante el gallo.

Se obligó a dar un paso atrás y cuando estuvo seguro de que podría sostenerse sobre sus piernas, se alejó. La miró en el instante en que abría la puerta con una sonrisa.

—Te recogeré el viernes, hermosa mía.

Y ella solo atinó a mirarlo aturdida, observando cómo se cerraba la

puerta tras él.

Bajó los escalones con una sonrisa, silbando de pura satisfacción.

Puede que su cuerpo gritara de necesidad, pero algo más profundo en él le decía que era el comienzo si no de una brillante amistad, sí de una intensa aventura.

CAPÍTULO 4

Jillian se sintió como una auténtica idiota, allí de pie, diez minutos después de que el hombre que tenía la habilidad de poner todo su mundo patas arriba sin esfuerzo, se hubiera largado dejándola a medias.

Y sí, había tenido un delicioso orgasmo. Los dedos de Christian eran mágicos, debería estar prohibido ser tan diestro en la habilidad manual, pero a pesar de eso, se había quedado con ganas de más. De recordar aquellos salvajes encuentros sobre la alfombra, sobre el sofá, en la ducha o en cualquier superficie que se encontrara disponible cada vez que se lanzaban uno en brazos del otro.

»Hasta ahí llega lo de no querer recordar el pasado.

Había tratado de convencerse de que lo mejor era dejar todo eso atrás. No solo el sexo, sino la extraña conexión que siempre había habido entre los dos. Nada similar a un compromiso de cualquier tipo, sino un extraño vínculo en el que dos almas solitarias se reconocían como afines, pero sin llegar a mezclarse del todo.

Sabía que Christian no era de los que sentaba cabeza y en aquel entonces, ella era una copia femenina de él. No sabía dónde tendría que ir al día siguiente o si estaría viva, tan solo disfrutaba del ahora, concentrándose en el placer, en las risas, en el lado bueno de la vida.

Bien sabía Dios que su trabajo le mostraba la peor cara del mundo. Estar con él, incluso sin que una emoción más allá de la camaradería y la amistad mediara entre ellos, le había dado la pizca de humanidad que necesitaba para no perder la cordura en el trabajo. De alguna manera, había sido su ancla, incluso sin saberlo.

Cuando lo había perdido, todo a su alrededor se había desmoronado.

No era cierto, él no había sido el culpable. Christian era como era, lo conocía. Sabía exactamente cuáles eran sus virtudes y cuáles sus defectos. Probablemente, era la mujer que más se había acercado a él.

Sabía de su infancia de mierda, había soportado mucho y le resultaba increíble que se hubiera convertido en un hombre tan magnífico, con unos ideales tan claros.

No dudaba en jugarse la vida para entrar en un edificio en llamas y salvar a su peor enemigo. Era como si estuviera inscrito en su ADN o incluso en algún lugar más profundo. A su manera, era un caballero, con un honor inquebrantable.

Probablemente, esa parte fuera la que más la había desorientado cuando finalmente la había descubierto. No había resultado sencillo relacionar al chulito viva la virgen que cada noche retozaba con una mujer diferente, con el héroe de la ciudad.

Había habido mucho entre ellos. Dolor que él ignoraba. La había herido, incluso cuando no debió permitirselo.

Lo peor es que no lo había hecho intencionadamente, es más, no se suponía que tuviera que estar dolida.

Eran amigos de sexo y ya está. No tenía derecho a pedir explicaciones sobre nada más.

»Y ahora la has cagado a lo grande, Jillian. Has abierto una vez más la caja de Pandora.

Y toda la mierda estaba a punto de salir para reclamar su lugar.

—Cuéntamelo todo ahora mismo. ¡Tienes esa cara! —espetó Susan que

se balanceaba precariamente sobre unos altos tacones, con una bandeja de cafés para llevar en la mano. Había ido a darle los buenos días en cuanto había abierto la puerta del coche.

—No sé de qué me hablas. ¿Eso es café? No va a venirme mal.

—Eres la única persona que conozco que está de mal humor después de su día libre —soltó poniendo los ojos en blanco. Y en ella quedaba muy femenino y supuso que sexy, si eras un hombre y te iban las muñequitas de otra época.

Susan era una de sus mejores amigas y la quería más que a nada en el mundo. Era su pilar, siempre dispuesta a pasarse por el gimnasio para alegrarle la mañana y proponerle increíbles planes que solían terminar con las dos metidas en algún extraño lío.

Por suerte, no había situación de la que Jillian no supiera salir. Deformación profesional, suponía. Era lo que tenía haber sido espía del gobierno durante una década.

—No me gusta quedarme en casa, pero como todo el mundo, necesito desconectar.

—¿Otra vez estuviste con la contabilidad? Sé lo mucho que lo odias.

Si ella supiera...

—Algo parecido.

—¿No vas a darme detalles jugosos del hombre que se vio entrar en tu casa anoche?

—No hubo ningún hombre en mi casa anoche.

Susan la miró con obviedad.

—Claro y yo soy monja.

—¿Lo eres? —preguntó como si estuviera valorando su afirmación en serio.

—¡Basta ya! Se supone que somos amigas, si no puedes hablar

conmigo... ¿con quién hablarás?

—¿Con mi mano?

—Deja de hacer referencias a Terminator, sé que te pone ese tipo fuertote, pero, cariño, según me han dicho, Christian Santos está muchísimo mejor.

Sabía que eso iba a pasar. Lo sabía. Solo que esperaba que no fuera tan pronto.

—Ah, eso. Sí, pasó por mi casa. Quería advertirme sobre un accidente que hubo, por si planeaba salir del pueblo a divertirme.

Susan la miró con sospecha.

—¿En serio?

—¡Por supuesto! —Dio un sorbo a su café y estuvo a punto de atragantarse debido a lo caliente que estaba. Se obligó a tragar, a pesar de que le abrasó el esófago. Su voz sonó estrangulada cuando añadió—. Ya sabes que los mujeriegos no son mi tipo.

—Ese bombero es el tipo de cualquiera.

Susan sabía algo que no había dicho, ¿sería consciente del orgasmo que había sentido la noche anterior? No, no podía ser. No era como si llevara un cartel en la cara anunciándolo a los cuatro vientos.

—No sé por qué dices eso. Sabes que lo he rechazado muchas veces, solo estaba siendo buen vecino. Eso es todo.

—Hay mucho más en esa historia de lo que cuentas. Pensaba que confiabas en mí.

—Sabes que tuvimos una aventura hace años, no te lo he ocultado, Susan. Confío en ti.

—Sé que estabas enamorada y te rompió el corazón —expuso en voz alta.

Eso no era verdad, nunca había estado enamorada, sencillamente no se lo

podía permitir y hasta ahí iba a admitir.

—No sé lo que es el amor.

—Que tuvieras mala suerte de niña y adolescente, no significa nada.

—Sé que nunca he querido a ningún hombre de esa manera.

Había sido entrenada para saber defenderse desde niña. Sus padres adoptivos no habían sido especialmente amorosos, pero sí habían querido que fuera capaz de defenderse y gracias a eso había formado parte de un equipo de élite concentrado en mantener el mundo a salvo.

Lo que era una pena es que ese mundo siguiera poniéndose en peligro cada vez, sin importar cuánto esfuerzo, sudor, lágrimas y sangre pusieran en evitarlo. Era imposible salvarlos a todos, pero a veces, intentándolo, perdías el corazón y el alma. Te quedabas hueca, completamente vacía y desahuciada, incapaz de amar.

Por eso no había sido su corazón lo que se había roto cuando descubrió a Chris con otra mujer, sino su orgullo.

Era eso, se había sentido dolida, quizá hasta inferior. Incapaz. De la misma manera que cuando vio cómo sus compañeros caían como moscas uno a uno mientras ella había sido incapaz de reaccionar, oculta en las sombras y cerrando los ojos esperando ser la siguiente.

Esperando el final.

Había rozado la muerte con los dedos.

—Cariño. Jillian. —Llamó varias veces Susan—. Has vuelto a perderte en ese lugar oscuro y profundo. Me da miedo cuando te pones así, no lo hagas.

La abrazó con fuerza y un aroma floral invadió sus fosas nasales. La presencia de su amiga la reconfortó y la trajo de vuelta a la realidad.

—Estoy rota para el amor, Susan. Entre Christian y yo solo queda cordialidad, nada más.

Y un potente orgasmo. Y la intensa necesidad de sentirlo de nuevo reclamando cada centímetro de su ansioso cuerpo.

La noche anterior había despertado el deseo tanto tiempo dormido, la necesidad física de conexión con otro ser humano, a ese nivel básico y animal.

Quería sexo, necesitaba sexo y estaba dispuesta a aceptarlo.

Una fantasía, una noche.

—¿Te estás escuchando? Vas a hacerme llorar, Jill. Pensé que me querías.

Lo dijo como si le hubiera roto el corazón.

—Y te quiero. Eres como una hermana para mí, con tus flores y tus taconcitos y esos vestidos repipis.

—Insultándome vas a ganar mucho, sí.

Jillian sonrió.

—Sabes que eres especial para mí. De nuestro equipo, tú eres la que mejor me conoces. Sabes demasiado y por eso me manipulas emocionalmente.

—No te manipulo —dijo secándose una fingida lágrima—. Es que soy muy sensible y juegas con mis sentimientos.

—Creo que lo que necesitamos es una intensa noche de chicas.

—Creo que lo que necesitas —contestó su mejor amiga— es un policía bien dispuesto a hacerte pasar una noche espectacular. Y conozco a uno.

—Susan...

—Vamos, no me digas que no. No será exactamente una cita a ciegas. De hecho, le conoces. Es el tipo del poblado navideño, el que tiene a esa niña tan mona.

—¿Frankenstein?

—Vamos, no seas cruel. El hombre tiene algunas cicatrices, pero son

marcas de guerra y honor. Venga, no me digas que te has vuelto superficial.

—No creo que sea una buena idea...

—Es una idea estupenda. Mira, llamé a ese tonto número de teléfono y quedé con él. No es que me haya dado buen sexo ni nada de lo que prometían, pero nos reímos un montón. Es un tipo impresionante. Me cae estupendamente, no quiere que se sepa que forma parte de esa asociación, porque en este pueblo... Bueno, ya sabes cómo son las cotillas y tiene una hija pequeña en la que pensar, pero te aseguro que va a hacer que te distraigas. Y si te dejas, a lo mejor hasta puedes hacer una nueva muesca en el cabecero de la cama.

Eso no iba a pasar. Había visto de lejos al hombre, pero no había encendido ni una diminuta chispa en ella. Quizá no estaría mal quedar y cenar, limpiarse de la adictiva presencia de Chris, pero ¿podría permitirse ser normal durante una noche? Mantener la charla en un punto educado, sin dejarse llevar por su personalidad apabullante. El tipo podría salir corriendo a toda pastilla si descubría su antigua profesión y alguna de sus increíbles habilidades.

Sin hablar de las cosas que se había visto obligada a hacer a lo largo de los años. Cosas de las que no podía sentirse orgullosa.

Tampoco era que fuera a especificar cada una de sus misiones, no tenía permiso para hacerlo y aunque ya no estaba en el servicio activo, conocía de primera mano los problemas de saltarse la cláusula de confidencialidad.

—No voy a llamar a ese número.

Y menos para que Chris supiera lo que estaba intentando hacer: sacarlo de su sistema.

—No lo necesitas. Yo arreglaré la cita para vosotros, te va a gustar. Es un hombre magnífico y muy irónico.

—Y si tanto te gusta, ¿por qué estás intentando que me líe con él?

—Porque tú me gustas más. Te quiero, Jill. Necesitas diversión. Dejar a un lado los demonios. Thomas tiene algunos de su propia cosecha, quizá podríais haceros mucho bien el uno al otro.

O arrastrarse mutuamente a la oscuridad. Sabía que no era una buena idea, que Susan se equivocaba, pero si seguía por el camino que había iniciado la noche anterior, iba a meterse en muchos problemas.

Una cena era algo que podía permitirse, siempre que no pasara de buena conversación y un beso en la mejilla.

—Está bien —aceptó rindiéndose. No tenía nada que perder—. Hazlo. Concierta una cita para cenar, lo intentaré a tu manera.

Susan la abrazó fuerte.

—Gracias por intentarlo, cariño. ¡No te vas a arrepentir!

Y salió corriendo a toda prisa en dirección a su floristería, con el móvil en la mano, la sonrisa en los labios y la decisión reflejada en sus ojos.

»¿En qué diablos me he metido ahora?

No sabía por qué había aceptado, más allá del miedo que sentía de que Chris y ella llegaran a un punto en el que ni siquiera habían pensado en el pasado.

Y no se trataba del miedo que provocara la posibilidad de una relación real, sino de que ninguno de los dos estaba listo para algo así.

Quizá el tal Thomas fuera la baza que estaba buscando. Alguien herido como ella, que empatizara con su dolor y quizá estuviera dispuesto a un polvo por compasión.

Los dos podrían sacar algo del otro y quedar como amigos.

Incluso si no sentía las mariposas en el estómago o la necesidad imperiosa de asaltar al casi desconocido, no sería la primera vez que lo hiciera sin sentir nada, solo como un medio para lograr un fin mayor:

Olvidar el dolor.

CAPÍTULO 5

Chris estaba de nuevo en la estación, le tocaba turno y Andy estaba preparando una deliciosa lasaña para todos. Estaban hambrientos y un poco nerviosos por el accidente de la noche anterior y si a eso le sumabas el intercambio casi placentero que había disfrutado con Jill la víspera, estaba completamente ansioso por hacer algo, cualquier cosa que lo mantuviera ocupado.

—¿A quién le apetece un sub-21?

—No seas marica —espetó Sean—. Si jugamos al baloncesto lo hacemos de verdad, no a tirar a canasta como unas nenazas.

—Pues un uno contra uno, ¿te animas o te acojonas, chaval?

Sean era el más joven de todos y a menudo los pinchaba y competía con ellos en un intento por demostrar su valía. Sabía que Andy se lo había llevado en una de sus excursiones de rescate y salvamento y había vuelto medio enamorado de su compañero y, más específicamente, de su habilidad. Desde entonces, trataba de probar a todos que él estaba hecho de la misma pasta: duro y dispuesto a todo para salvar el mundo y demostrar su fortaleza.

—Siempre estoy dispuesto a patearte el culo, viejo.

—¿A quién llamas viejo? —Lo atrapó en una cerrada llave antes de que tuviera tiempo de pensar en el movimiento y le frotó la cabeza con los nudillos—. Te voy a destrozar.

Sean gruñó y trató de liberarse, completamente rojo.

—Eres injusto. Eso es trampa.

—Tengo que presentarte a una dama que le da al término trampa una nueva dimensión.

Sonrió al pensar en Jill y en todas las veces que lo había pillado con la guardia baja. Lo había convertido en un luchador más o menos aceptable, lo que le había resultado provechoso en algunas de sus misiones de rescate. No en su lucha contra otros, sino contra el peor enemigo de todos: el fuego. Le había mostrado cómo estar alerta y reaccionar fríamente sin dejarse llevar por la emoción, el éxtasis o los sentimientos.

—Preséntamela. Seguro que después de estar en mi cama le da una nueva dimensión al término satisfacción.

El tipo tenía agallas, de eso no había duda.

—Si le pusieras un dedo encima, tendría que romperte la cara.

—¿Estás enamorado?

Por un instante su mundo se paralizó, incluso valoró la pregunta. ¿Enamorado? ¿Él? ¿De Jillian? Imposible. Aunque supuso que si alguien podría estar cerca de echarle el lazo, esa sería ella. Era magnífica en todo el sentido de la palabra.

—No soy de los que se enamoran, potrillo.

—A veces el amor no es malo. Mi primera novia estaba loca por mí y no veas las cosas que me hacía cuando...

Lo hizo callar, mientras salían a la parte trasera de la estación, para jugar un rato.

—Un hombre no habla jamás de las intimidades de su mujer.

—Tú nunca has tenido una mujer.

—He tenido muchas y nunca he ido presumiendo después. Se merecen nuestro respeto, Sean —su tono salió serio, más de lo que era habitual en él, pero había algo intrínseco en el pacto de placer que hombre y mujer hacían cuando compartían sus cuerpos: respeto, pasión y satisfacción. Eran personas, al fin y al cabo, y merecían ser tratadas como tales. Tanto ellas como ellos.

—Eres un tipo raro, Chris. Todavía no te entiendo.

Le lanzó la pelota con fuerza sacándole el aire.

—No necesitas entenderme. Aquí yo soy más viejo, yo mando. Tú te callas y aprendes. Si te portas bien, quizá consigas ser iniciado en nuestra hermandad, pero todavía te queda mucho para estar a la altura.

—¿Qué está pasando aquí?

Esa voz grave y autoritaria cortó la diatriba entre los dos.

—Dylan. Solo estaba dándole una lección de vida al chiquillo.

—¿Qué lección?

—Que hay que respetar a la mujer que te llevas a la cama y no andar comentando por ahí lo que hizo o dejó de hacer.

La mirada del jefe se entrecerró sobre Sean, evaluándolo. No dijo nada, pero esa oscuridad dejó claro que no le gustaba lo que acababa de escuchar.

—Mis bomberos serán respetuosos con las mujeres de este pueblo. Somos la autoridad aquí, ¿entendido?

Sean asintió vehemente, incluso un poco tembloroso. Chris sabía que el tamaño y la actitud de Dylan ponían nerviosos a muchos de los chicos más jóvenes y quizá a alguno de los veteranos. Era un hombre íntegro que había pasado por mucho, quizá el hecho de ser el hazmerreír del pueblo durante años, lo había hecho más empático respecto al dolor de los otros.

—Sí, señor —contestó Sean—. No volverá a pasar, señor.

Dylan mostró un intento de sonrisa.

—Todos tenemos permiso para torcernos una vez, pero que no se repita. Escucha a este donjuán, quizá puedas aprender algo de él.

—Sí, señor.

—Y ahora seguid con ese partido, huelo comida y me muero de hambre. Julieta está fuera ocupándose de una campaña y he vuelto a las andadas. Un filete tipo suela de zapato es lo más desagradable que puedes comer después de ser consentido por una estupenda mujer.

Los dos sabían que era una absurda mentira. Dylan era uno de los mejores cocineros de la estación, lo que le pasaba era que echaba de menos el calor humano. Nunca había visto a un hombre tan enamorado y se alegraba por él. No era su estilo, pero en ocasiones, cuando se fijaba en la felicidad de su jefe, se preguntaba si no estaría equivocado en su actitud.

Lo estuviera o no, nunca había sabido cómo querer a otra persona. No le habían enseñado de niño, su madre quizá, pero no la recordaba. De vez en cuando soñaba con ella, pero sospechaba que era más un anhelo que otra cosa.

Ojalá hubiera vivido sana y salva, los dos habrían salido adelante, incluso si su padre se hubiera sentido perdido con la responsabilidad. Él solo había deseado tenerla a su lado, abrazarla y sentir que todo su mundo estaba bien, sin importar que no hubieran tenido nada más que su mutua compañía.

Pero era un deseo imposible, lo que no había sido ya no se podía remediar, y su corazón había quedado seriamente dañado. No había aprendido lo que era el cariño o la devoción, la fidelidad o el compromiso y hasta ahora eso le había funcionado muy bien.

—Julieta volverá pronto, siempre lo hace.

—Y si no volviera, iría a buscarla. No voy a perderla de nuevo.

Ya la había ido a buscar, incluso había peleado con un loco para mantenerla a salvo. Todos habían quedado muy impresionados con la historia que Miles había contado y le habían respetado un poco más.

Chris se preguntó si habría sido capaz de arriesgar el pellejo para salvar a Jillian y supo que la respuesta era afirmativa, pero también habría arriesgado su vida por cualquier otro. Era parte de su profesión, no podía dar media vuelta e ignorar el sufrimiento ajeno.

Quizá porque él había sufrido y había esperado que alguien se compadeciera de su situación, que alguien lo salvara.

—Y eso es lo que le hace el amor a un hombre —bromeó, aunque había un filo serio en su tono.

—Ojalá algún día tengas la misma suerte que yo —soltó al tiempo que les daba la espalda y entraba a la estación. Chris se quedó pensativo, mientras Sean trataba de captar su atención.

Respondió en automático, incluso jugó sin pensar muy bien en lo que estaba haciendo, lo único que sabía era que su mente estaba al otro lado del pueblo, junto a la mujer que la noche anterior lo había dejado insatisfecho.

El próximo viernes iba a ser su noche, la tendría de nuevo, la haría feliz, satisfacería sus necesidades y fantasías y después, la dejaría atrás. Se la sacaría de su sistema y se concentraría en seguir adelante y cerrar de una vez por todas las puertas del pasado.

Era hora de seguir avanzando y una vez saciado ese viejo apetito y su curiosidad, volvería a estar a salvo.

—¡Tío Chris! —La hija de uno de sus mejores amigos atravesó corriendo el garaje en el que guardaban el camión de bomberos y se lanzó a sus brazos. Le hizo un placaje en toda regla, si no tuviera solo seis años y una fuerza relativamente suave, habría acabado con él en el suelo—. Papá va a ir a cenar con una chica y tienes que quedarte conmigo. ¡Podemos comer palomitas y dormir tarde!

—¿Otra vez? —Buscó la mirada de Thomas y no ocultó la curiosidad que sentía—. Pensaba que anoche habías tenido una cita.

—Y la tuve —dijo con gesto contrito el hombre, como si no quisiera hablar de ello delante de la niña.

Chris sonrió comprensivo, susurró algo al oído de Callie y la pequeña

salió corriendo a toda prisa llamando a Andy.

En ese momento volvió a dirigirse a Thomas.

—Vamos, Thomy, no me jodas. ¿Te has enamorado?

—Susan es magnífica, pasamos una noche encantadora. Incluso no le pareció mal venir a casa, sabiendo que mi hija estaba durmiendo arriba. Nos reímos y disfrutamos de nuestra mutua compañía, hacía tiempo que no me sentía así con una mujer.

—¿Amor?

—No creo. Especialmente no si tenemos en cuenta que me ha concertado una cena con una de sus mejores amigas. Espera que surja la chispa.

Había resignación en su tono, como si se sintiera dolido por la mediación de la mujer a modo de celestina para endilgárselo a otra.

—Lo siento.

—No lo hagas. Ya no soy el favorito de ninguna, mírame, no por nada los chiquillos me llaman Frankenstein.

Chris había sido la cabeza pensante que había hecho correr el mote, era en plan cariñoso, pero no esperaba causarle dolor a uno de sus mejores amigos.

—Lo siento por eso, tío.

—No me molesta. Quiero decir, veo el sentido del humor en ello. Me han remendado tantas veces que podríamos tener antepasados comunes por el parecido —un suspiro abandonó el pecho del fornido hombre—, al menos a mí no me persiguen con horcas ni me tienen miedo.

—¿Has superado tu problemilla?

Quizá no fuera el mejor momento para hablar de sexualidad, pero lo que vio en él gritaba que necesitaba un poco de vapuleo. Olvidar su aspecto y recordar todas las cosas que sí podía hacer.

—Sabes que nunca he tenido problemas para que se me levante, cabrón.

El brillo divertido en sus ojos le avisó de que le momento crisis de chica ya había pasado.

—Quizá, si Susan te gusta tanto, deberías mostrarle tus habilidades.

—Quizá, pero por hoy tengo una cena con una mujer que, según me han dicho, es bastante guapa aunque un poco peligrosa.

Todas las alarmas de Christian se encendieron. Eso no podía pasar, no iba a pasar. No hablaría de Jillian, ¿verdad?

—¿Quién? —preguntó con desconfianza.

—Jillian Lamb, creo que tiene un gimnasio o algo así. Susan me ha dicho que necesita animarse, al parecer está pasando por una mala racha. Un jodido aniversario o algo así. No sé si por la muerte de su perro o qué otra cosa, pero parece algo serio.

—No vas a tocar a Jillian. No te vas a acostar con ella —su tono ominoso consiguió sorprender a Thomas, que lo observó con incredulidad.

—¿Es esa Jill?

—Sí, joder. Es esa Jill. ¿Acaso no la conociste en la boda de Dylan?

—No fui a la boda de Dylan.

Es verdad, había tenido una cita ineludible con su fisioterapeuta o alguna de sus terapias médicas.

Se pasó la mano por la cara y el pelo, sin poder creer lo que escuchaba. ¿Habría sido idea de Jillian o habría quedado atrapada en algún tipo de truco de amiga de cita a ciegas? A él le había pasado en alguna ocasión y aunque Thomas era un hombre legal, no lo quería cerca de ella.

—Tío, es mi cita del próximo viernes.

—Pues voy a cenar con ella esta noche.

—No. No lo harás. Yo iré.

—No voy a decepcionar a Susan. Además tienes turno y Callie está como loca por pasar la noche contigo.

Era una mierda. Todo era una mierda. Se suponía que Jill tenía que estar de forma exclusiva con él hasta que la sacara de su sistema, incluso si nunca antes lo habían hecho de esa manera.

No sabía por qué se sentía posesivo, incluso celoso. No era de ese tipo de hombres.

—No te acuestes con ella.

—¿No eres el hombre liberal que tiene relaciones sexuales con varias mujeres a la vez? No me jodas, Chris. ¿Qué te pasa con ella?

—Nada. No me pasa nada, mierda. Es que Jill es ahora vulnerable y no quiero que nadie se aproveche de ella.

—Me ofendes —espetó su amigo y pudo sentir la ofensa en su voz—. Nunca haré nada que la hiera. Sabes el respeto que siento por las mujeres, a pesar de que mi exmujer sea una jodida arpía.

—Lo sé. Lo sé. Joder, tío, no sé qué me pasa con esa mujer, esa es la cosa.

—Estás celoso.

La incredulidad de su tono le recordó que estaba comportándose de forma extraña para su modo habitual. Debería pensar en ello como en una gripe ocasional que había alterado su percepción de la realidad.

—¿Celoso yo?

—No me acostaré con ella. Tampoco creo que esté dispuesta.

—No la conoces como yo. Podría acostarse contigo sin sentir nada, pero hacerlo de todos modos.

Thomas le pegó un puñetazo y supo que se lo merecía. Se frotó la mandíbula y agradeció que no hubiera empleado toda su fuerza.

—Ni siquiera voy a entrar a valorar la mierda que acabas de decir. Eso es ofensivo para ella y para mí.

—No lo entiendes y sé que merecía ese golpe.

—Bien, me alegra que en algo estemos de acuerdo.

No quería pelearse con su amigo. No estaba siendo él mismo. Jillian tenía la facultad de volverlo del revés, hacerle pelear con uno de sus mejores amigos debería darle el aviso que llevaba tiempo necesitando. Si se alejaba de ella ahora, no tendría que arriesgarse.

¡Qué lástima que fuera un adicto a la adrenalina!

—Sabes que nuestra historia es complicada.

—Sé que todas las relaciones lo son, pero no tienes derecho a comportarte como un capullo arrogante. Voy a ir a cenar con ella, quiero conocer a la mujer que te transforma en... esto.

¿Un idiota? ¿Un pelele sin voluntad? Porque así se sentía cuando estaba cerca de ella.

—Yo solo...

—Te he dicho que no voy a acostarme con ella, así que tranquilízate, hombre.

—Cuidaré de Callie.

—Y yo de Jillian.

Thomas sonrió y con ello, logró devolverle la calma. Sabía que nunca rompería una promesa. Había una regla tácita al respecto y ellos respetaban las reglas. Su asociación no funcionaría de otra manera.

—Chris...

—¿Sí?

—No desperdices tu oportunidad el próximo viernes, porque después de entonces, podría cambiar mi postura en este juego.

Apretó los puños, estaba entendiendo el reclamo. Si metía la pata, estaría el camino libre para cualquier otro que quisiera seducir a su chica.

No, no su chica. La mujer que había tenido en el pasado y que había perdido por culpa de algún misterio sin resolver.

—No pasará.

—Ya veremos.

CAPÍTULO 6

Nunca debería haberse dejado convencer por Susan para tener una cita y menos con un desconocido. Aunque después de su frustrado intento de tener un affaire con un hombre sin nombre y que resultara ser Chris el que respondiera a su necesidad de hacer realidad una fantasía, suponía que la vida le estaba ofreciendo justo lo que había solicitado.

A lo mejor era una buena idea intentarlo. Sentir algo diferente con un hombre diferente. Ver si podía darle lo mismo que había obtenido de Christian o si era incapaz de sentir con cualquier otro.

En el pasado había tenido problemas para descongelarse con cualquier desconocido, especialmente en la cama, pero ahora su vida había cambiado. Había dejado entrar a algunas personas en su entorno más cercano y como le había dicho a su amiga, sentía un sincero afecto por ella y el resto de su grupo. Susan era la que más cerca de su corazón estaba, quizá por su naturaleza vulnerable frente a la propia. Siempre había sido la protectora de la humanidad, de alguna retorcida manera, y la florista le permitía seguir siéndolo.

Cuando el timbre de la puerta sonó interrumpiendo sus pensamientos, supo que ya no había tiempo para echarse atrás.

Sintió las apretadas cintas en sus tobillos, esos nuevos zapatos de tacón deberían estar prohibidos, no estaba segura de ser capaz de caminar con ellos un largo trecho, debería haberse puesto sus deportivas y el vestido, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, en un sensual tono azul pálido, la hacía sentirse extrañamente expuesta.

Susan la había maquillado y peinado, incluso le había prestado un

diminuto bolso que no servía para ocultar un arma.

Pero esa era su vieja yo, no la nueva mejorada y civilizada Jillian, entrenadora de ancianitas, jóvenes en riesgo de exclusión social y mujeres maltratadas por los cabrones de sus maridos.

—Buenas noches —dijo al abrir la puerta y contemplar al hombre que estaba al otro lado.

Registró todas y cada una de sus cicatrices en tiempo record y él le permitió hacerlo sin comentar nada inapropiado. Como si pretendiera olvidar que estaban allí.

No era una mujer que se anduviera con subterfugios.

—Una vida difícil, ¿eh? —espetó saliendo y cerrando tras ella la puerta.

Su acompañante le ofreció el brazo y una sonrisa ladeada que le daba cierto atractivo.

—Supongo que sí. Soy Thomas, tu cita.

—Lo supuse, no habría salido sin más para apretarme contra cualquier desconocido.

—Vaya, ahora lo veo —comentó en un susurro que supuso que no debería haber escuchado, pero igualmente escuchó.

—¿Qué ves?

—El interés. No eres una dulce palomita, ¿verdad? Puede que no tengas el mismo recordatorio que yo, porque las tuyas son internas, pero diría que te han remendado tantas veces como a mí.

Se quedó paralizada, prácticamente estática a su lado, como si hubiera recibido un golpe mortal.

Su voz salió incluso débil cuando masculló.

—No sé de qué hablas.

—Susan comentó que has tenido momentos difíciles en el pasado, no voy a juzgarte, Jillian. Solo quiero pasar una noche agradable con una preciosa

mujer adulta que me dé un poco de conversación. Hablaremos de lo que quieras, como si es del tiempo, no voy a tomar nada que no me ofrezcas y, por si te lo estás preguntando, no habrá sexo al final de la noche.

Jillian sonrió divertida.

—Supongo que no tienes pelos en la lengua. Susan dijo que éramos parecidos, tenía razón. —Lo miró, deteniéndose junto a la puerta del copiloto del coche de él—. No diré que no lo había pensado, porque mentiría. Hace un tiempo desde mi última vez.

Thomas sonrió afable.

—Será porque así lo deseas —le abrió la puerta y la ayudó a subir. Demostrando que la caballerosidad aún existía—, pero me temo que no soy ningún gigoló experto en sacar de la sequía a una hermosa mujer.

—No disimules conmigo, sé lo de La Otra Estación. Susan nos ha informado de eso, queda en secreto entre nosotros, no voy a ir contándolo por ahí.

El hombre suspiró mientras cerraba la puerta y rodeaba el coche para sentarse tras el volante. Una vez ubicado en su posición y antes de arrancar el motor, la miró de nuevo.

—Las cosas han cambiado para mí desde que me trasladé a Gold River. Mi hija es lo más importante de mi vida y lo cierto es que no he vuelto a participar en ninguna de esas aventuras. Se lo dejo para los más jóvenes.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó repentinamente, sabiendo que podría ser un poco indiscreta la cuestión en sí.

—Eres curiosa, ¿eh? —Sonrió metiendo la llave en el contacto—. Tengo cuarenta y seis y un montón de mierda a mis espaldas. Estoy retirado de esa vida, el peligro, el sexo sin compromiso, La Otra Estación... Solo soy un tipo que disfruta de la Navidad y quiere darle a su hija una infancia especial. Tan buena como la mía. Mi madre hizo las cosas fáciles para mí, a pesar de que

fui un loco que se jugó el pellejo más veces de las que puedo contar y que provocó una muerte prematura —sus manos se aferraron con firmeza al volante mientras salían de Gold River. Agradeció que hubiera pensado en ello, estar rodeados de conocidos solo fomentaría comentarios desagradables y sospechas de un futuro matrimonio.

Algo que sabía que no iba a pasar. No había química, por más que el tipo empezara a gustarle.

—¿De qué hablas?

Thomas suspiró.

—No me gusta hablar del pasado, como supongo que no te hace gracia hablar del tuyo. Perdí a mi madre cuando mi hija tenía dos años. Un infarto. Se supone que es una enfermedad de hombres, siempre había escuchado eso, pero no es cierto. Cuando la perdí todo cambió y después de unas cuantas batallas más, algunas incluso para sobrevivir a algún hecho desagradable, llegó la propuesta de traslado a Gold River y la posibilidad de conseguir hacer realidad un viejo sueño. Aquí estoy. —Cuando se detuvo en el semáforo aprovechó para mirarla—. ¿Qué hay de ti?

—Fui adoptada, mis padres adoptivos y yo nunca tuvimos una relación especialmente estrecha. Me largué de casa a los dieciocho y también he sobrevivido a un montón de mierda. Es una historia larga y aburrida y la verdad, no merece la pena. Se supone que salimos a disfrutar, ¿no?

—¿No tienes hijos?

—Dios, no. ¿Me ves como el tipo de mujer que sirve para ser madre? No le haría eso a una pobre criatura.

—Es una pena. Creo que esa pobre criatura ficticia podría tener suerte de tenerte.

—Y también eres un adulator...

—Nada más lejos de mi intención, Jillian.

Se recostó sobre su asiento, ya no se sentía tan nerviosa. El hombre no solo era agradable y bastante guapo bajo las marcas que distorsionaban su rostro, sino también inteligente e interesante. De alguna manera, se podía hablar con él.

—¿Eres amigo de Christian, verdad?

Pensó que lo negaría, pero no lo hizo.

—Lo soy y debo admitir que me ha hablado de ti. También me ha vetado tocarte —añadió como si acabara de caer en ello.

Había diversión en su voz. El muy cabrito...

—No tenemos nada. Ni siquiera en el pasado. Era una relación abierta, se acostaba con otras mujeres y yo...

Thomas detuvo el coche y la miró. Se sintió repentinamente nerviosa. ¿Por qué había parado? ¿Acaso iba a darle la charla?

—Hemos llegado al restaurante.

No hizo alusión a la confesión que acababa de hacer, como si no la hubiera escuchado y lo agradeció en silencio. Se había ido de la lengua y lo que menos quería era volcar todo el dolor que le había provocado aquella vieja traición o lo que fuera.

No había sido traicionada, no exactamente. Solo era la naturaleza del hombre por el que había sentido... algo. Lo que fuera. No planeaba ponerle nombre.

—Gracias por ser tan amable —dijo sosteniéndole el brazo antes de que se impulsara hacia fuera—. No soy la mejor conservadora, lo mío es patear traseros.

Thomas la miró, sin prisas.

—Sé un poco de eso también. Cuando quieras entrenar con alguien a tu altura, solo tienes que decirlo. Incluso Cole estaría encantado de un mano a mano. Es un ex-marine y un buen amigo.

—Podría ser divertido.

Y lo decía de verdad. Echaba de menos esa parte de su vida. A veces le dolía la imposibilidad de levantarse y correr a alguna misión que pondría en riesgo su existencia y su integridad. Quería volver a vivir con el peligro, a sentir la pasión y la adrenalina de acabar con algún grupo de locos homicidas mientras mantenía a los buenos a salvo.

No sería lo mismo, solo un entrenamiento, pero con tipos preparados para hacerle frente de veras.

—Lo organizaremos.

Salió entonces y ella le siguió. Entraron al restaurante, parecía algún tipo de teatro del siglo XVI acondicionado para ofrecer una excelente comida y un buen espectáculo.

—¿Tenías miedo de que no encontráramos tema de conversación? —Le preguntó divertida haciendo una señal hacia el escenario, que ahora estaba cubierto por los enormes cortinones rojos.

—Nunca se sabe... De todos modos, me gusta este lugar. La comida es buena y siempre podemos salir a la terraza para un tête-à-tête en caso de necesidad.

—Eso no va a pasar. Nada de sexo, ¿recuerdas?

—No sabía que las confesiones se incluyeran, pero supongo que a veces pueden resultar orgásmicas.

—¿Vas al psicólogo?

—Debería hacerlo, seguramente.

Jillian se rio antes de poder evitarlo.

—Dios, me gustas. Ahora entiendo lo que decía Susan sobre ti.

El interés se despertó en el rostro del hombre, provocándole una punzada de satisfacción. Estaba planeando cómo hacer algo por su entrometida amiga, algo que incluiría a Thomy el ex-policía, el hombre divertido y sensual.

Porque había cierta sensualidad en él, sin importar nada su apariencia.

—¿Y qué dijo?

—Que no me aburriría ni un momento. Te gusta ella, ¿verdad?

Intentó disimular, pero no podía engañarla.

—Oh, vamos, confiesa. Te gusta.

—Da igual. No creo que tenga ese tipo de interés en mí.

—No es una mujer superficial —la defendió con vehemencia—. Si es tu tipo, deberías hacer algo al respecto.

—Jillian... cenemos.

—O lo que es lo mismo: cierra el pico, mi vida sentimental no es asunto tuyo.

—Exacto.

—Además eres mi cita.

—Por supuesto.

—Pues tendrás que aguantarte. Una chica tiene derecho a molestar a su cita todo el tiempo que le dé la gana. Y tú no deberías haber aceptado cenar conmigo si tanto te gusta ella.

—Nunca me ha importado conocer gente y tener charlas adultas. Recuerda que tengo una hija de seis años y si tengo que cenar otra noche más escuchando hablar de unicornios, voy a vomitar arco iris de colores.

Jillian se rio con fuerza. ¿Cómo no hacerlo? Puede que acabara de emitir una queja, pero había estado llena de cariño por su hija. Ese hombre era un buen padre.

—Serías tan bueno para Susan...

—No lo creas. Hay mucha oscuridad en mí y ella es luz.

—Es justo lo que necesitas.

—Es justo lo que no puedo tener —exhaló, un poco perdido—. Incluso si lo deseo.

—Pues tendrás que luchar por ella.

—¿Lo harás tú por Chris?

—No es lo mismo... Christian no quiere una relación.

Sabía eso a un nivel básico, profundamente en su corazón. Se había transformado en una especie de reto para él y solo porque, en lo que probablemente fuera la primera vez en su vida, una mujer le había dado la espalda. Se había alejado de él, terminando su aventura, sin una sola explicación.

Todas las veces en las que él se lo habría hecho a alguna incauta no contaban en su mente, solo esa única y brillante decepción. No podía dejar pasar la oportunidad de ser él quién terminara con todo.

—Vamos, borra esa expresión melancólica de esa bonita cara. Jillian, la gente cambia. Crece, madura. Quizá te equivocas con él. Nunca lo había visto tan perdido por alguien antes.

—Es el interés de la caza. En cuanto me tenga y obtenga unas cuantas respuestas que cree que necesita, se largará a toda pastilla y Gold River solo será un recuerdo del pasado y de la gilipollez que cometió persiguiendo un fantasma hasta aquí.

Thomas la miró con intensidad, valorando la sinceridad de sus palabras y las emociones que se escondían tras ellas. Tenía la sensación de que podía ver en su interior, como si estuviera leyendo alto y claro todo lo que la motivaba en la vida. Sus más profundos secretos y anhelos.

No debería permitirselo, pero no sabía cómo evitarlo.

—Puede que tengas razón —concordó finalmente.

—Sé que la tengo.

Se quedaron en silencio durante algunos minutos mientras observaban la carta con atención. Jillian no era capaz de leer los nombres de los platos por más que trató de concentrarse, su cabeza estaba muy lejos de allí, junto a su

bombero.

No, no era suyo y eso era algo que debería tener muy en cuenta.

Sintió un nudo en la garganta y carraspeó. ¿Quién era esa debilucha que de pronto sentía esas aterradoras ganas de llorar? No era dada a tendencias debiluchas ni a llantos obscenos. No era sensible, punto. Era una mujer dura que había visto y sobrevivido a mucho. Necesitaba encontrar el equilibrio de nuevo, no podía permitirse ser un manojo de emociones.

—No necesitas disimular conmigo, lo que se hable aquí esta noche quedará entre nosotros.

Bajó la carta de golpe y lo miró. La estaba observando con atención, probablemente leyendo cada gesto y reconociendo la tensión de su cuerpo.

—No sé de qué hablas.

—Creo que lo sabes, pero te da miedo aceptarlo. No quiero entrometerme donde no me llaman, pero a veces las personas necesitamos un oído atento e imparcial. Si necesitas uno, aquí me tienes. Probablemente, pueda entenderte bastante mejor que cualquiera de tus amigas.

Y lo más seguro era que tuviera razón, pero apenas era un desconocido. ¿Abrir su corazón sin más cuando no hacía ni una hora que se conocían?

—Solo viejos fantasmas. Estoy pasando por un momento difícil, eso es todo.

—¿Aniversario de algún momento traumático? —preguntó en el mismo instante en que el camarero los interrumpía para anotar su pedido. Jillian estaba ausente, así que Thomas pidió por los dos. A pesar de no ser una mujer que dejara escapar tan fácilmente el control, esa noche lo agradeció.

Y fue como si no hubieran sido interrumpidos en absoluto. Esperó paciente a que respondiera su pregunta.

—Algo así.

—¿Una misión fallida? ¿Perdiste un compañero?

Las imágenes retornaron repentinamente a su memoria. La sangre, el sonido de los disparos, el modo en que cayeron uno tras otro. Cómo se ocultó aterrada, esperando el final. Uno que nunca llegó y todavía seguía sin saber por qué.

Una cálida y enorme mano masculina cubrió la suya. Estaba llena de cicatrices también, pero el contacto resultaba reconfortante.

—Ey, vuelve conmigo.

—Normalmente tengo más control sobre todo esto, pero... Dios, no soy la mejor de las compañías esta noche. Esto ha sido una idea terrible.

—Perdí a mi compañero hace tres años y casi la capacidad de caminar. Me torturaron incansables durante una semana y deseé morir un millar de veces —No apartó los ojos de los de ella mientras hacía su confesión—. Nunca hablo de ello, pero sigo teniendo esas jodidas pesadillas. No me atrevo a dormir con una mujer por miedo a estrangularla mientras duermo y a veces tengo ausencias. Regreso al pasado y pierdo la noción del tiempo. Si no fuera por mi hija, me habría dejado morir hace mucho tiempo, pero a veces la vida te obliga a levantarte y seguir. Dejar a un lado el temor, el pánico más absoluto y la más oscura desesperación y levantarte otra vez. Es muy difícil hacerlo solo, Jillian. Y hablar, por raro que parezca, ayuda.

—Pero yo no soy la persona más conversadora del mundo. Siento lo de tu compañero y tu tortura. ¡Qué gilipollez acabo de decir! Como si eso importara, no va a cambiar nada.

—Lo cambia todo. ¿Qué sucedió? Puedes decírmelo, no voy a contárselo a nadie.

—Christian es uno de tus mejores amigos y no estoy segura de estar preparada para que descubra la verdad.

—Tienes mi palabra en esto, Jillian. No diré nada. No soy un cotilla y voy en serio cuando te digo que lo que se hable entre nosotros esta noche,

quedará entre nosotros.

No debería hacerlo, no debería confiar en él, porque ya había descubierto lo que la fe ciega le hacía a una persona, pero podía sentir la verdad en sus palabras, como si fuera un detector de mentiras sobre dos patas, que respiraba y sentía la necesidad de desnudar su alma.

—Fue una misión que salió mal. Peor que mal. Teníamos que tratar con un terrorista, no importan los detalles, había rehenes. Mis compañeros y yo nos infiltramos, pero en algún punto del camino hubo una fuga de información. Vi cómo fueron ejecutados, uno a uno, ni siquiera sé por qué estoy viva. Me escondí como una niña pequeña, llorando en silencio esperando el golpe final, nunca llegó. El equipo de refuerzo asaltó el almacén para descubrir que yo era la única superviviente. Estaba tan rota en ese momento, nunca había tenido tanto miedo. El trabajo se había ido a la mierda y se perdieron seis vidas aquella noche. Si hubiera sido un poco más hábil, quizá continuarían con vida. Fue mi culpa. Deberían haberme retirado del servicio, pero no lo hicieron. Me dieron vacaciones y estuve visitando a un psicólogo un tiempo, hasta que me harté de toda esa mierda. Presenté mi dimisión y vine a esconderme aquí.

—¿CIA? ¿FBI?

—¿Acaso importa?

—Supongo que no. A veces los planes más trabajados se desmoronan y no podemos hacer nada para evitarlo. Tus compañeros no te habrían culpado por sobrevivir y creo que lo sabes.

—¿Eso crees? Yo no estoy tan segura.

Thomas esperó para contestar hasta que el camarero dejó el vino y el primer plato. Sirvió una copa para cada uno y tomó la suya con decisión.

—Tengo que creerlo —murmuró mientras daba un sorbo como para infundarse valor—. Es la única manera de salir adelante.

—Es difícil abrir esa compuerta y dejar que alguien que te importa entre en tu oscuridad —masculló más para sí que para su acompañante—. La vida es una mierda.

—La vida es lo que quieres que sea. Tomamos decisiones, a veces erróneas, nadie es perfecto y cuanto antes lo aceptes, más fácil será para ti convivir contigo misma. Acéptalo de alguien que ha estado donde estás tú.

—Eres muy sabio —dijo Jillian en tono hilarante, tratando de quitar hierro al asunto—. Supongo que podrías enseñarme un par de cosas.

—Solo soy un hombre viejo. Muuuuuy viejo —comentó en tono burlón.

Los dos rieron, mientras brindaban con sus copas.

—Por la vejez y la sabiduría —dijo Jillian.

—Y por que alcancemos finalmente la luz.

Las copas chocaron con un sutil tintineo y los dos bebieron.

—Y ahora cuéntame qué pasó con Chris.

—Creo que eres un cotilla. Empiezo a verlo. No se trata de desnudar el alma, se trata de la sección rosa de la vida de tu mejor amigo, ¿eh?

Thomas rio con ganas, negando con diversión.

—No es que me interese mucho lo que hace o deja de hacer con esa faceta de su vida.

—Si dices que no eres una mujer, te corto las pelotas.

—Sé que no todas las mujeres son iguales, aunque vosotras os empeñéis en acusarnos a los hombres de lo mismo.

—Y yo sé que me caes bien, pero por momentos podría golpearte. ¿No quieres una recomendación con Susan? Pórtate bien.

Los ojos de su compañero de mesa brillaron, quizá por el interés o por algo más. Lo ignoraba, pero sabía que podía haber algo muy bonito entre aquellos dos, si tan solo se dejaban llevar. No iba a ser fácil. Thomas era un hombre complicado con responsabilidades.

—No soy bueno para ella, Jillian. Es mejor dejar las cosas como están.

—No te tenía por un cobarde.

—Quizá lo soy. La vida no ha sido especialmente benévola conmigo en los asuntos del corazón. Mi ex-mujer era una arpía y no creo estar listo para sentar cabeza de nuevo. Además, no estoy solo. Tengo que pensar en lo que es mejor para Cassie.

—Los niños solo necesitan dos cosas: ver a sus padres felices y estabilidad.

—Oh, créeme. Necesitan algunas cosas más. Como ese unicornio tan blandito y rosa que nos persigue a dondequiera que vayamos. El intenso deseo de algodón de azúcar. Los zapatos rojos que brillan tanto que deslumbran y esos vestiditos que hacen esa cosa extraña cuando giras deprisa...

Jillian rio una vez más, el lado más oscuro relegado a lo más profundo de su interior.

—¡No te tenía por un experto en faldas de volantes!

—¿Se llaman volantes?

La mujer se encogió de hombros.

—Y yo qué sé, hombre. No he tenido un vestido así en toda mi vida. Siempre he sido bastante masculina.

—No me pareces masculina esta noche, estás preciosa.

—Gracias —el rubor coloreó sus mejillas. ¿Cuánto hacía que nadie le regalaba un simple cumplido? Demasiado. Christian era más de ir al grano, de mostrar con hechos y menos con palabras. A esas alturas de la cena, ya habría movido la silla a su lado, en vez de frente a ella, sin importar lo que pudieran pensar el resto de comensales, y su mano estaría subiendo por el interior de su muslo, tentándola hasta llegar...

»Borra esas imágenes de tu mente, Jillian.

Su subconsciente era lo único sabio, especialmente desde que su cerebro parecía haberse ido de vacaciones. Su libido estaba más que despierta tras el breve pero intenso contacto con el único hombre que tenía la capacidad de derretirle los huesos, sucedido la noche anterior.

—Te he perdido otra vez —comentó Thomas con cierta diversión—. ¿No me dirás que estás pensando en otro, verdad? ¡Me rompes el corazón!

—Lo siento. Solo mi mente divagando, nada más.

—Te digo que estás preciosa y me cambias por otro. He debido de perder mi toque.

—No creo que lo hayas perdido, más bien intentas usarlo con la persona errónea.

Los dos se miraron a los ojos y asintieron.

—Algo que tenemos en común.

—¿Crees que a tu Cassie le gustará Susan?

—Ya le gusta —admitió el ex-policía con un suspiro—. Por eso es tan peligroso que trate de tener una relación con ella. Si saliera mal, mi hija quedaría en medio, no puedo permitir eso.

—No puedes permitirte no arriesgarte. Quizá es la indicada para los dos. Podrías darle una de esas fantasías de La Otra Estación. Sé que podría estar interesada.

—Vamos, ya te he dicho que hace tiempo dejé eso apartado de mi vida. De todos modos, las mujeres no quieren a un tipo marcado como yo. No es erótico, a muchas les resulta repulsivo mirarme.

—Y yo te he dicho que Susan no es nada superficial y que estarás perdiendo una oportunidad de oro. Queda con ella en otro lugar, no en Gold River, no involucres a tu hija hasta que sea necesario, pero no cierres la puerta. Podría ser algo increíble.

—Nadie me dijo que fueras una celestina.

—Porque no lo soy, pero tú me gustas.

Thomas arqueó una ceja ante su declaración. Jillian puso los ojos en blanco.

—No de esa manera.

—Lo sé.

—¿Entonces por qué tratas de ponerme nerviosa?

—Porque es fácil.

¡Hombres! No sabías qué hacer con ellos, si quererlos o golpearlos.

—Voy a tomarme la revancha. Vamos a tener un mano a mano tú y yo en mi dojo muy pronto, hombre. Y voy a demostrarte por qué la mujer no es el sexo débil.

—Me vale, pero a cambio tendrás que hacer algo por mí.

—¿Algo más?

Thomas rio.

—Algo especialmente difícil. Tienes que hablar con Chris, sea lo que sea que te molestó en el pasado, no dejes pasar la oportunidad de arreglarlo, porque puede que llegue el momento en que ya no puedas hacerlo.

—Dijiste que no le contarías...

—No voy a decirle nada. No creo que esa historia sea el motivo, o el único motivo que tienes para haberte distanciado de él. No tienes nada que perder siendo sincera.

—Oh, Dios mío. Métete un momentito en la vida de alguien y cree que tiene el mismo derecho.

—Tú quieres que yo me arriesgue, pero tú te quedas en la barrera y eso, querida mía, no es justo.

Quizá le había dado ese consejo al hombre, porque esperaba que alguien se lo diera a ella. Puede que fuera lo que necesitaba para dar carpetazo de una vez por todas al pasado y centrarse en su presente y futuro.

Seguramente, ya había llegado el momento.

—Vale. Lo haré.

—¿En serio? —No parecía muy convencido al respecto.

—No soy una cobarde y quizá así pueda darte ejemplo.

La mano de Thomas tomó la de ella por encima de la mesa y le dio un beso en el dorso:

—Trato hecho, mi dama. Que empiece la maratón.

CAPÍTULO 7

Por algún motivo Chris estaba de mal humor. Se había metido en la cama para descansar tras su guardia de anoche y no había conseguido pegar ojo. Más bien al contrario, el sueño se escapaba entre sus dedos y Morfeo se burlaba de él. ¡Necesitaba perderse en el olvido al menos unas horas! Recuperar la energía y formular un plan para reconquistar a Jillian. Ir un poco más allá de su fantasía, por más que pretendiera enmascarar sus intenciones con aquel breve encuentro programado para el siguiente viernes.

No le había gustado especialmente que saliera con uno de sus mejores amigos. Sabía que Thomas no la tocaría. Lo había prometido y era un hombre de palabra. No era que tuvieran mucho en común en lo que a mujeres se refería, pero confiaba en que no se tomara libertades con la chica de su amigo.

Por otra parte conocía a Jillian y ella a él, habían estado demasiado tiempo juntos. ¿Se atendería ella a las nuevas normas? Nada de terceros para ninguno de los dos. No estaba seguro de ser capaz de compartirla en este momento, más que nada porque necesitaba su completa rendición. Algo imposible si había por ahí otros hombres dispuestos a complacerla, quizá de algún modo en el que él no era capaz.

Le gustaría ser como otros, tener un corazón para entregar, pero solo sabía de sexo. Era lo que había aprendido desde adolescente, lo que había disfrutado y lo que mejor se le daba. Quizá era eso lo que había ido mal en el pasado, quizá debió establecer un vínculo más emocional con ella, más exclusivo.

Su mente no dejaba de dar vueltas, mareándolo. Evaluando distintas

posibilidades. Necesitaba algo que hacer.

Tiró las sábanas a un lado y se levantó, fue directo al baño a ducharse una vez más, quizá eso ayudara.

Caminó desnudo hasta la ducha, preguntándose qué estaría haciendo ella y cómo reaccionaría si se presentaba en el gimnasio para observar su actividad.

Quizá lo acusaría de ser un acosador y puede que tuviera razón.

Necesitaba tenerla cerca, aspirar su aroma y volver a perderse en su cuerpo aunque solo fuera una vez más.

Tocarla y volver a sentirla sin hacer nada para concluir su propia necesidad, había sido una tortura y una mala decisión. Ahora vivía imaginando y nadando en recuerdos, ansioso por hacerlos realidad de nuevo.

»Tienes que concentrarte, hombre —le dijo a su reflejo mientras se afeitaba algunos minutos después.

Una vez perdido el sueño, lo mejor era activarse. Tomar un café, para convertirse en un ser humano normal, y hacer algo para acabar con esa inquietud que lo atravesaba.

No necesitaba esperar al próximo viernes, bien podía tenerla esa misma noche de una vez por todas. Le había dado tiempo para hacerse a la idea y ella lo había aprovechado para salir con otro. Era el momento de reclamar su atención y estipular los nuevos términos de su relación.

No exactamente compromiso, pero algo similar.

Se vistió con unos vaqueros y una camiseta de algodón con el logo de una conocida marca de cerveza y se dirigió hacia la calle principal del pueblo.

Fue caminando, sabiendo que el aire puro le ayudaría a reorganizar su cabeza. Desechando todo aquello que no merecía la pena tomar en consideración por el momento.

Pero cuando llegó al lugar y vio por la enorme cristalera a la mujer que le

impedía dormir, enredada en los brazos de Thomas, algo se incendió en su interior exigiendo golpes y sangre. Entró como un guerrero vengador y los fulminó con la mirada.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

Al menos una docena de cabezas se giraron en su dirección, logrando que se diera cuenta de que un montón de alumnas de Jillian estaban presenciando el intercambio.

—Es una demostración —dijo una adolescente con mal aspecto. Estaba pálida y excesivamente delgada—. Nunca había visto a nadie moverse como ellos. No sabes dónde termina uno y empieza el otro.

¡Aquello era obsceno! Y le importaba una mierda que no fuera algo íntimo, que todo se explicara con un intento de pelea ejemplo para que un puñado de jóvenes asustadas entendieran cómo debían defenderse.

Quería que se detuvieran, que las manos masculinas dejaran de tocar aquel cuerpo que le pertenecía.

Apretó los puños a sendos lados de su cuerpo, conteniéndose para no saltar en la colchoneta y separarlos a la fuerza. No iba a golpear a Thomas, porque no debía hacerlo y no serviría de nada. Además, sabía que sus habilidades no estaban al mismo nivel que el de los dos combatientes. Sabía defenderse, pero no era un experto.

Ambos le ignoraron, como si estuvieran demasiado perdidos en su demostración como para permitir ser interrumpidos mientras él seguía hirviendo a fuego lento.

Iban a pagársela de alguna manera.

—Tío Chris —dijo una diminuta voz a su espalda, corriendo a toda prisa hacia él.

Lo registró todo en un segundo, la pequeña bola rosa salía del baño corriendo a toda prisa hacia sus brazos, así que no la decepcionó, la estrujó

con fuerza y la levantó sin dificultad.

—Pero bueno, *principesa*, ¿qué estás haciendo aquí?

—Ver cómo esa chica le pega una paliza a papá —sonrió divertida, tomándole la cara entre sus manos—. Voy a casarme contigo.

Chris rio con diversión y le colocó los suaves rizos castaños detrás de la oreja.

—¿Y cómo es eso? Pensaba que ibas a casarte con Andy.

—He cambiado de opinión. Tú eres más guapo.

La besó en la mejilla y la depositó suavemente en el suelo.

—Entonces supongo que no tengo elección. ¿Cuándo será la ceremonia?

—Pues cuando sea mayor, tonto...

Chris se llevó la mano derecha al corazón.

—No sé si podré resistir tanto.

—Seguro que encuentras una novia y te olvidas de mí, no me importa. Te casarás conmigo igualmente, no me importa compartir. Papá dice que no hay que ser egoísta.

—Y tu padre tiene razón —dijo Jillian acercándose a ellos y tomando un trago largo de su botella de agua—. Y también dice que si quieres un asalto, Cassie.

La niña salió corriendo hacia donde estaba el hombre, que de inmediato le hizo el saludo de honor y le mostró algunos interesantes movimientos.

—¿Se puede saber qué haces aquí, Chris? No recuerdo haberte invitado y quedamos en que nos veríamos fuera de Gold River, no en mi trabajo.

No lo miraba, pero las palabras salieron directas y ciertamente cortantes.

—No podía perderme semejante demostración. —Había molestia en su tono, porque estaba celoso y el sentimiento era algo demasiado nuevo para él—. No sabía que teníais una relación.

—No es asunto tuyo.

—Lo es. Quiero exclusividad, Jillian. Mientras dure nuestra aventura, no quiero que estés con otro hombre y menos con Thomas. Por Dios, es uno de mis mejores amigos, sería raro.

La mujer rio con incredulidad.

—¿Exclusividad? ¿Desde cuándo?

—Desde que no puedo sacarte de mi cabeza. Debería estar en la cama durmiendo después de mi guardia y ¿dónde estoy? Aquí, suplicando que me des una oportunidad.

—Tú no suplicas. ¿Tan desesperado estás?

—Solo por ti. Ha pasado demasiado tiempo, Jill. Sé que te gustó lo que te hice cuando te entregué el contrato, sé que quieres seguir adelante con este juego y te conozco lo suficiente para saber que vas a llegar hasta el final. ¿Cuál es el problema? ¿Por qué estás tan molesta conmigo?

Negó, como si no tuviera o no quisiera darle las respuestas.

—Eso ya no importa, es pasado y es mejor que se quede donde está.

—Necesito un cierre, Jill.

—¿Te estás escuchando? No creo que sea una buena idea que tú y yo hagamos lo que sea que fuéramos a hacer. Mira, Chris, eras alguien especial en mi vida y no hablo de sexo, sino de amistad, pero las cosas cambiaron. Yo cambié. No es culpa tuya, no me fui por ti, me largué por mí, porque necesitaba reencontrarme. Lo he hecho aquí y soy feliz. Tengo un negocio que me gusta, buenas amigas y ahora está Thomas. Es un hombre agradable.

—Un hombre al que no deseas. Te conozco mejor de lo que crees. En tus ojos hay camaradería, pero no pasión y eres una mujer apasionada.

Jillian tomó una bocanada profunda de aire y negó.

—Lo fui alguna vez, pero ya no lo soy. Dejé esa faceta de mi vida atrás, como todo lo que me vinculaba a ese pasado que ya no quiero recordar.

—No vas a dejarme tirado. Merezco una explicación y voy a tenerla.

La sostuvo con firmeza por la muñeca y antes de darse cuenta, su espalda estaba contra el suelo y ella a horcajadas sobre él.

—No me retes, no me obligues a hacerte daño, porque lo haré. No será la primera vez.

Chris sintió todo su cuerpo dolorido. Desde luego, era fuerte, a pesar de que su cuerpo pareciera sutil, femenino y delicado.

—Si crees que por una llave de nada vas a conseguir que me aleje de ti, estás muy equivocada.

Le sostuvo las manos por encima de la cabeza y lo miró a los ojos.

—No me obligues a hacerte daño.

Sabía que todos los ojos de los presentes estaban sobre ellos, pero no le importó. Alzó ligeramente sus caderas, para permitirle notar el estado de su cuerpo. Su dura erección empujaba contra sus pantalones, ansiosa por hundirse profundo en ella y pudo ver cómo su decisión titubeaba.

Si él lo quería, sería suya.

Y lo quería con todas sus fuerzas.

Se impulsó lo suficiente, aprovechando su momentánea distracción y la atrapó, invirtiendo los papeles. Trató de liberarse, pero ella le había mostrado cómo ponerle las cosas difíciles a su contrincante. No debería haberle dado aquellas pautas, porque ahora estaba a su merced y no pensaba ser benevolente con ella.

Bajó a su boca y la besó casi desesperadamente. Al principio Jillian luchó, pero pronto se entregó a la placentera actividad y se arqueó contra él. Ambos estaban muy cerca del límite, pero cuando una de sus manos bajó hasta su pecho y empezó a acariciarla, un carraspeo lo sacó de su aturdimiento.

—Y esto es un ejemplo de que no se puede bajar la guardia —espetó Thomas tratando de disimular su hilaridad y mostrándose serio—. Incluso

alguien con menos capacidad para la lucha que nosotros puede vencernos si no estamos prestando la suficiente atención.

Hubo varios suspiros femeninos de apreciación, quizá de envidia. No le importó, sin embargo sabía que Jill se sentiría avergonzada, así que se forzó a incorporarse y tenderle la mano para ayudarla. Hizo una reverencia a su público y sonrió con cierta timidez.

—Solo soy un conejillo de indias, señoritas.

Le guiñó un ojo a la niña que reía divertida, sin entender lo que había pasado, pero no se aventuró a mirar a la mujer que hasta hacia un momento había tenido bajo él, cuando le dijo:

—Te recogeré a las ocho, Jill, para seguir... practicando.

Y salió por la puerta antes de recibir un ataque por sorpresa o una determinante negativa.

No iba a rendirse sin luchar y la dura mujer no iba a ser capaz de hacer nada para defenderse.

Casi era suya.

Por ahora.

CAPÍTULO 8

Jillian estaba furiosa, ansiosa por estrangular a Christian sin importar nada más que acabar de una vez por todas con el hombre que ponía su vida, su libido y su mundo entero patas arriba.

¿Cómo se había atrevido a dejarla en ridículo delante de sus alumnas? ¡Tenía una imagen que mantener!

Y la había sometido tan fácilmente que todavía se avergonzaba. Para más inri, lo había hecho frente a Thomas y su hija, provocándole sensaciones que ni siquiera se permitiría parar a analizar.

»Ese hombre me saca de mis casillas.

Debería haber roto aquella hoja de papel que ahora tenía entre las manos, de hecho iba a hacerlo. Sin contrato, no planeaba disfrutar de los servicios de ninguna agencia de placer. ¡A la mierda con todo!

La hizo pedacitos y la dejó caer sobre la alfombra sin importarle nada. No se había arreglado para la supuesta cita, no planeaba hacerlo. Se había duchado, puesto unos cómodos leggins y un top de gimnasia y planeaba tumbarse en el sofá a hacer el vago e ignorar a aquel hombre que no le gustaba ni un poco, por más que sus hormonas estuvieran en total desacuerdo con ella.

Cuando llamó a la puerta lo ignoró. Al insistir alzó la voz y espetó:

—Lárgate, no pienso salir contigo.

Instantes después escuchó cómo entraba por una de las ventanas de su dormitorio.

»Idiota, las has dejado abiertas.

Hacía calor, era su excusa, no era que planeaba facilitarle el acceso, no

quería saber nada más de él. Ni pasado ni presente, mucho menos futuro.

—Creo que tu puerta se ha atascado —dijo con una sonrisa llena de satisfacción mientras caminaba hacia ella.

Sus ojos se fijaron en la porción de piel que el top dejaba al descubierto y el modo en que se lamió los labios con la punta de la lengua, hizo que se pusiera muy nerviosa y le temblaran las piernas.

»Mierda. Resiste, Jillian. Eres fuerte y no vas a sucumbir al placer. Ni con él ni con nadie.

—Planeaba llevarte a bailar, como en los viejos tiempos, pero me apetece más tu plan.

Se quitó los zapatos y empezó a desabrocharse la camisa, mostrando su velludo torso desnudo.

—No va a pasar. Lárgate, Chris.

Se levantó del sofá, forzándose a apartar la mirada de aquellos duros pectorales.

—No lo haré.

—Llamaré a la policía y te encerrarán por acoso.

—Y habrá merecido la pena —espetó mientras se desabrochaba los pantalones y los dejaba caer por sus piernas.

Jillian se esforzó en concentrar la mirada en sus ojos.

—He roto el contrato, ahí están los pedazos. No acepto.

—Genial, porque era una idea nefasta —concordó caminando hacia ella hasta estar tan cerca que podía sentir cada bocanada de cálido aliento que abandonaba su masculino cuerpo.

Algo muy femenino ardió en su interior, obligándola a posar las manos en aquel cálido pecho.

»Solo para apartarlo, se dijo.

Y ella era Dorothy y estaba a punto de llegar a Oz.

—Estás cometiendo un grave error. No puede haber nada entre nosotros.

Chris bajó a su boca y la asaltó. La besó como hacia tiempo que no era besada, recordándole el intercambio sexual de antaño y tratando de rememorar la confianza que habían sentido en el pasado.

Sabía qué hacer para derretir su cuerpo y destruir todas y cada una de sus defensas.

Gimió en su boca, quizá fue resignación, pero una insidiosa vocecilla interna le avisaba de que probablemente era deseo.

Algo que debería tener muy controlado si no quería perderse de nuevo.

Sintió sus dedos dibujando el contorno de su columna vertebral y enviando una oleada de escalofríos que se hundieron en el mismo centro de su ser.

—Necesito tenerte, Jill —susurró en su oreja, al tiempo que tomaba el lóbulo entre los dientes y tiraba suavemente de él, para concluir con un camino de besos por sus cuello, que lo llevó de nuevo a su boca—. No puedo soportarlo más, cariño. Necesito estar dentro de ti.

—Sí —gimió pegándose más a él, permitiéndose sentir un instante el estado de su excitación, para tratar de alejarse poco después—. Quiero decir no, ya hemos... no puedo.

—Sí puedes, podemos. No nos niegues esto, los dos lo necesitamos.

—¿Solo una noche?

Chris se apartó y buscó sus ojos, los de ambos estaban oscurecidos por el deseo, aturdidos y ansiosos por perderse en ellos un poco más profundo. Por estar unidos íntimamente de nuevo.

—Solo una noche más, Jill —y su pulgar le acarició la mejilla con una inusitada ternura que nunca habría asociado con él.

Las barreras cayeron entonces, mientras su mano se abría camino hasta su entrepierna y lo tomaba en toda su longitud. No le importó que su ropa

interior se pusiera en medio, solo quería sentirlo, en las condiciones que fuera.

La interrumpió el tiempo suficiente para quitarle el top, dejando a su vista sus pechos. Chris gimió y los tomó en sus manos, acariciando sus pezones mientras su boca descendía sobre ellos.

—Tan buena como recuerdo. Soy adicto a tu sabor, nena. Te he echado de menos.

Atrajo su boca a sus labios, besándolo porque no quería escuchar lo que tuviera que decir. Aquella noche sería una locura, pero sin palabras ni lamentos. Sin recuerdos ni promesas.

Simple evasión sexual.

Lo empujó sobre el sofá y subió a horcajadas encima de él, frotando su sexo contra el abultamiento de la masculina entrepierna.

—Oh, sí. No te detengas. Sabes cómo me gusta. Jill...

—Cállate —espetó, por si con sus actos no había quedado lo suficientemente claro—. Es solo sexo.

Lo atrapó con fuerza contra el sofá y le quitó la ropa interior, al mismo tiempo que se despojaba de las prendas que ella misma llevaba encima. Descendió sobre su erección, estaba más que lista para acogerlo y lo hizo con un gemido placentero.

Volver a sentirse repleta de aquel hombre era una sensación de la que jamás se cansaría.

—Mierda, sí. Jillian. No te detengas. Móntame, nena. Hazlo.

No necesitaba sus órdenes, su cuerpo se movía con voluntad propia, mientras le clavaba las uñas en los hombros y lo miraba como hipnotizada, un instante antes de clavarle los dientes en el cuello.

Si hubiera sido un vampiro, probablemente lo hubiera dejado seco. Como no era esa criatura mítica, tan solo se dedicó a dejar una intensa marca, al

tiempo que él gruñía de placer.

—Voy a correrme, Jill. Deja que yo...

Pero no se lo permitió, estaba al mando y no pensaba ceder en eso, así que lo llevó hasta el límite y se deleitó en su pérdida de control.

Lo único que no pudo evitar fue ser arrastrada junto a él en aquel maremoto de sensaciones que la llevó a un clímax salvaje que le hizo recordar los motivos por los que había estado tan vinculada a él hacía años.

Pero eso se acababa ahora, sin mimos, sin entregas de corazón, sin lamentos.

Una vez que la bruma de la pasión hubo pasado. Se levantó y sin molestarse en cubrirse, lo miró:

—Ahí has tenido tu premio, ahora déjame en paz.

Se giró y le dio la espalda, tratando de apartarse de él mientras aún estaba a tiempo.

Christian tenía otras intenciones, la atrapó antes de que alcanzara la puerta del cuarto de baño, la levantó en sus brazos como si no fuera otra cosa que una muñeca de trapo y la miró con intensidad.

—La noche aún no ha terminado.

CAPÍTULO 9

La noche no concluyó hasta que el sol brilló alto en el cielo y a pesar de que Christian sabía que el encuentro en el sofá había sido algo parecido a un castigo para los dos, no podía lamentarlo.

Cuando los rayos de luz lo deslumbraron, se incorporó en la cama y comprobó con regocijo que Jillian dormía tranquila y profundamente. Se levantó, preguntándose si lo mejor sería salir de allí antes de que se despertara, pero se negó a huir.

Estar con ella le había recordado por qué la había echado tanto de menos. Nunca había sentido con otra mujer aquella descarnada pasión y teniendo en cuenta de que su mayor afición era follar con desconocidas en cualquier modo, postura o lugar, aquello era decir mucho.

La noche había empezado de forma fría, casi impersonal, pero con cada contacto, con cada intercambio, habían llegado un poco más allá, quizá reparando las fisuras que habían destruido lo que tenían, incluso si no había sido una relación a largo plazo.

Había añorado a su mejor amiga y el sexo, ¿cómo podía haber pensado que estaba hastiado del intercambio carnal? ¿Cómo podía haberse planteado mantenerse casto o pensar que una cerveza con los colegas podía fácilmente sustituir lo que había pasado aquella noche entre las sábanas de aquella cama?

Nada era igual cuando estaba con ella y si fuera un hombre de compromiso, habría caído sobre sus rodillas y le habría suplicado que se convirtiera en su esposa.

Pero no lo era y ella tampoco.

Se pasó las manos por el pelo mientras caminaba desnudo a la cocina, buscando la cafetera para hacer su elixir de vida. Tenía que pensar en cómo mantenerla, más allá de la noche. En cómo conseguir que abriera su corazón, quizá no al amor, sino a la posibilidad de volver a confiar en él.

Quería y necesitaba saber qué había sucedido, qué oscuridad había llenado su alma cuando se largó sin decir hasta pronto. ¿Habría hecho algo mal? ¿La habría herido de alguna manera? Había tratado de basar su relación en la sinceridad. Siempre manteniendo claros los términos.

Quizá había sido demasiado optimista y había más romance en Jillian de lo que cualquiera de los dos había querido notar.

Se sentía un poco inseguro al respecto, de la misma manera que cuando ella desapareció y él la siguió a través de medio país para acabar en el lugar más recóndito de todos.

Gold River no era el lugar idóneo para un urbanita fiestero, pero poco a poco se había acostumbrado a conocer a todo el mundo, a aburrirse en el trabajo y había establecido una rutina que lo hacía sentir si no completamente satisfecho, lo suficientemente tranquilo como para no huir a toda velocidad en el primer autobús que abandonara el pueblo.

Tampoco es que fuera un hombre de autobús...

Sonrió en el instante en que la cafetera empezó a escupir el café y el delicioso y engañoso aroma llenaba sus fosas nasales, devolviéndolo a la vida. Se sirvió una taza y se sentó a la mesa, dejando vagar sus pensamientos, tratando de enlazar ideas. Encontrar esas respuestas que llevaban esquivándolo tanto tiempo. Estaba claro que no era una cuestión de apatía sexual, Jillian había respondido de la misma manera que en los viejos tiempos, entregándose en cuerpo y alma, tal como él. Los dos hacían una pareja estupenda, sabían lo que el otro necesitaba sin necesidad de ponerlo en palabras.

Incluso había algún tipo de conexión primigenia, quizá emocional. No solo disfrutaba su cuerpo, su personalidad, su forma de hacer las cosas, todo confluía para crear a una compañera de cama casi perfecta.

—¿Todavía sigues aquí?

También recordaba que no era una mujer de mañanas. Solía estar irritable y mandona en cuanto salía de la cama. Se levantó sin preocuparse por su nudismo actual y le sirvió una taza de café con dos terrones de azúcar.

En cuanto dio el primer sorbo, un gemido abandonó la femenina garganta y se ubicó en la entrepierna de Chris, devolviéndolo a la vida.

Quién iba a decirlo, después de la noche que habían pasado.

Jillian arqueó una ceja al observar su erección.

—Veo que la edad no causa estragos en tu libido.

—Esto solo me pasa contigo, nena. Creo que lo sabes.

Algo oscuro pasó por sus ojos un instante, pero ella se giró y se imaginó que tan solo había sido un efecto de luz.

—Sí, supongo. Deberías vestirte antes de que los vecinos se asomen por la ventana. Estarás dando un espectáculo morboso a la anciana que vive al otro lado de la calle.

—No puede verme desde aquí.

—Te sorprenderías con lo que esa vieja arpía puede ver —masculló mientras seguía dando pequeños sorbos a su taza de café.

—Veo que no sois amigas.

—¿Amigas? ¡Deja que su perro cague en mi camino de entrada! Esa bestia inmundada, chucho sarnoso... Cualquiera día voy a envenenarla.

—¿Al perro o a la dueña?

—Y qué más da —espetó haciendo un gesto de desestimación con la mano—. Si no fuera por lo mucho que me gusta estar aquí, me habría largado hace días. Pero esta casa tiene su encanto, ¿no crees?

—La dueña sí que tiene encanto —contestó con ojos brillantes, acercándose a ella y tomándola por la cintura. Descendió hasta su cuello donde esparció un reguero de besos hasta tomar el lóbulo de su oreja entre los dientes.

—Me pones, Jill. Como ninguna otra mujer.

—La noche se ha terminado, Chris —respondió liberándose de su agarre —. Tengo cosas que hacer.

—¿No me estarás echando, verdad?

—Llevo intentándolo un rato. Mira —empezó buscando su mirada una vez más—, me lo pasé muy bien anoche. Está claro que sabes lo que me gusta y lo necesitaba. Hacía demasiado tiempo desde la última vez, pero no estoy interesada en retomar una vieja relación que ni siquiera salió bien.

—¿Por qué no?

—Porque tú no eres monógamo. Nunca lo fuiste y nunca lo serás. Puede que entonces yo estuviera de acuerdo con las condiciones, pero mi vida ha cambiado y ahora quiero cosas nuevas. Proyectos nuevos, ya sabes.

Christian no daba crédito a sus oídos. ¿Proyectos nuevos? ¿Condiciones? Sí, era cierto que habían tenido una relación abierta, pero más allá del sexo los había unido una amistad sincera o eso pensaba él.

—¿Qué pasó, Jill? Dime al menos eso, por qué huiste de mí sin despedirte. ¿Por qué me diste la espalda? Me quedé destrozado.

Una risa carente de humor abandonó la garganta de su chica.

—¿Destrozado? No lo creo.

—¿Fue por las otras mujeres? ¿Hice algo mal contigo? ¿Te herí de alguna manera? Mierda, háblame. Llevo dos años dándole vueltas y terminaré volviéndome loco.

—Mi vida se rompió, Christian. Eso es todo. Dejé mi trabajo, mi casa, mis viejos amigos. Necesitaba empezar de cero —se encogió de hombros,

como si dar la espalda al pasado fuera algo habitual en la vida de cualquier persona—. Tú y yo nunca tuvimos futuro y los dos lo sabíamos.

—Quizá no como matrimonio, pero... No me jodas, Jill. Tú y yo éramos amigos. Lo nuestro iba más allá del sexo.

—¡Pero yo me estaba enamorando de ti! —se cubrió la boca con su mano libre, como si hubiera cometido un grave desliz y terminó dejando la taza vacía en el fregadero—. No quiero seguir hablando de esto. Eso fue el pasado, este es el presente.

—¿Me querías y te largaste sin más? ¿De qué tenías miedo? Debiste decírmelo.

—Sí, claro, para que me hubieras dicho algo del tipo: «lo siento, nena, ese no es mi rollo».

—No habría dicho... —pero no terminó su enunciación. Jillian lo conocía bien y era muy probable que si no con aquellas palabras, sí la hubiera despachado con otras muy parecidas—. Lo siento.

—No lo sientas. Tampoco soy de esa gente que se enamora, solo estaba pasando por un mal momento y fuiste mi debilidad.

—¿Qué mal momento?

—Una misión salió muy mal, murieron seis personas por mi culpa, estaba fuera de mí, fui a tu apartamento y estabas con una... con una de tus amigas. Me largué de allí, hice la maleta y tomé una decisión. No me arrepiento, hice lo correcto. He encontrado mi lugar aquí. A veces echo de menos la acción, pero poder ayudar a gente que realmente lo necesita, incluso de manera indirecta, me hace sentirme realizada y a veces, solo a veces, hacen retroceder las viejas pesadillas. Vuelve a tu casa, deja Gold River, retoma tu vida. Sabes que quieres hacerlo, eso es lo que has querido desde el principio y es lo que deberías hacer.

Christian sintió un inusitado dolor, no por el hecho de que pretendiera

echarlo de su vida otra vez, sino por haberle fallado en el pasado. Si él hubiera sabido lo que estaba sufriendo, si le hubiera contado ese suceso, las cosas habrían sido diferentes. Era un donjuán, entonces y ahora, quizá hoy un poco menos, pero tenía más que ver con la rutina que con su necesidad de compromiso, pero fuera como fuera habían sido amigos. Los amigos se escuchaban, se apoyaban, se ayudaban y, desde luego, no estaban follando con alguna desconocida a la que no podían recordar cuando alguien que te importaba de veras precisaba tu compañía.

—He cometido errores, Jill, pero no lo haré de nuevo.

—No lo hagas. No me tengas lástima. Nunca he buscado eso de ti.

—Debí haber estado ahí para ti.

—No, no es cierto.

—No como tu amante, nena, como tu amigo. Tú y yo éramos buenos amigos, nos compenetrábamos dentro y fuera de la cama. Los amigos no se dan la espalda en los malos momentos y no sabes lo mucho que lamento no haberte ayudado cuando me necesitaste.

No respondió, se limitó a encogerse de hombros como si no tuviera importancia, pero él sabía la verdad: la tenía. Más que ninguna otra cosa entre ellos.

Debió estar allí para ella.

—He madurado desde entonces —le aseguró.

—No importa, Chris. En serio. Lo hemos pasado bien, no ha sido la fantasía que había imaginado, pero me alegra haber compartido esta noche por los viejos tiempos. Sin embargo, creo que estarás de acuerdo conmigo en que es mejor que se quede allí y no tratemos de traerlo de vuelta al presente. Lo que está muerto es mejor dejarlo tranquilo y enterrado lo más profundo posible.

—¿Hablas del sexo o de la amistad?

Jillian titubeó un instante. Se preguntó si necesitaba tanto una amiga como él, especialmente ahora que sabía un poco más de lo que los había separado en el pasado.

—Supongo que los dos. ¿Crees que podemos ser solo amigos?

—Si eso es lo que quieres...

Pero... ¿qué quería él? Volver a tenerla en su cama, entre sus brazos. Escuchar sus gemidos cuando le provocaba un orgasmo, sentirla aferrarse a su espalda con aquellas uñas de gata que dejaban la marca que claramente decía que no podía resistirse a él.

Con ella el intercambio sexual no era impersonal, era más que un juego, era diversión y confianza. Si tenía que renunciar a todo eso, ¿sería capaz de hacerlo solo para mantenerla en su vida? ¿Podría verla con otro hombre y no sentir nada?

—Los dos sabemos que no funcionaría. La química es demasiado fuerte entre los dos —aceptó la mujer sin vergüenza alguna—. Es mejor cortar por lo sano, Chris. Lo digo en serio.

—Pero todavía te debo una fantasía. —Estaba dispuesto a aferrarse a cualquier cosa con tal de disfrutar de su compañía una noche más.

—Quizá es mejor dejarlo pasar. Olvida mi llamada, haz como si nunca la hubiera hecho.

—No voy a rendirme así como así, una promesa es una promesa.

—Terminaremos haciéndonos daño otra vez.

—Esta vez las cosas serán diferentes. No hay más mujeres en mi vida.

Jillian lo miró incrédula.

—Por eso hay una tarjeta rulando por ahí con un número de teléfono al que tú respondes al primer toque, porque no hay más mujeres en tu vida. Al menos no me mientas.

No lo entendía. Hacía tiempo que había empezado a retirarse del juego.

Estaba hastiado de todo aquello, buscando algún tipo de salida que le satisficiera. Sospechaba que la mujer que estaba frente a él, podría cambiarlo todo si tan solo se permitían intentarlo.

—Hace mucho que no acepto un trabajo. Andy es el bombero que suele acudir a las últimas emergencias y creo que es mejor así. No voy a tratar de convencerte, porque sé que mi credibilidad puede estar por los suelos entre nosotros, pero... déjame ser tu amigo, Jill. Al menos eso y si surge algo más, ¿por qué no? Ninguno de los dos tenemos un compromiso...

—No voy a estar con alguien que cada noche cambia de amante como de calzoncillos. Lo intenté una vez contigo y no funcionó.

—No será así. —La miró y pensó si estaba listo para pronunciar las palabras que daban vueltas en su mente—. Exclusividad, Jill. Te la ofrezco. Mientras tú y yo nos acostemos, no habrá nadie más.

Sabía que había logrado sorprenderla, quizá hasta olvidar sus dudas, al menos durante un instante, pero rápidamente negó con la cabeza.

—No puedo, Chris. Es mejor que te vayas.

Y sin una palabra más se dio media vuelta y volvió al dormitorio. Escuchó un instante después el agua de la ducha y se preguntó si conseguiría algo colándose con ella y dándole placer una vez más.

Al final optó por vestirse y largarse de allí; si quería prosperar en aquel asunto, iba a tener que cambiar su estrategia.

Y el reloj ya estaba en marcha, no tenía tiempo que perder.

CAPÍTULO 10

Jill estaba muy confusa. Hacía tiempo que no tenía dudas, que sabía exactamente cómo proceder. Había sido una mujer con una fuerte personalidad y profundos principios, pero cada vez que ese hombre entraba en su vida todo parecía ponerse patas arriba.

Lo deseaba más que a ningún otro con el que hubiera estado y también lo pasaban bien juntos. No solo a nivel físico, sino también en el tú a tú. Sí, habían sido amigos y en secreto había anhelado ser mucho más para él.

Cosa que resultó imposible, dada su tendencia a meterse bajo cualquier falda. Y lo peor de todo era que no le había importado entonces, los dos tenían vidas separadas y sí, cada vez que algo se torcía pensaba en él, corría en cierta manera a sus brazos, pero sabiendo que entre los dos había límites que nunca deberían ser cruzados.

Y ahora... Ahora se estaba planteando la posibilidad de ignorar todo lo que sabía, olvidar las certezas que había comprobado a lo largo de los años respecto a lo que aquel hombre significaba y lanzarse a una piscina medio vacía, que tenía el potencial suficiente como para dejarla destrozada para siempre.

Le había dicho que en el pasado se estaba enamorando de él y ahora se daba cuenta de que era cierto. Había estado demasiado cerca de caer en aquel siniestro abismo, pero el tiempo había curado la vieja herida. Tenía que haberlo hecho, ¿verdad? No podía permitirse otra cosa. Pensar en que aún había sentimientos entre los dos...

»¿No sientes nada, Jill? —incidió la siniestra vocecilla de su conciencia—. ¿Y entonces qué ha sido lo de esta noche?

Christian tocaba una parte profunda en ella y no se refería a nada sexual. Era un maestro en el arte de la seducción, pero también tenía la capacidad de provocar que se perdiera en sus ojos, mientras todo su cuerpo respondía a él como no lo hacía ante nadie más.

Quizá no había encontrado al hombre adecuado aún y él era lo más parecido a una alma gemela que podía imaginar.

¿Alma gemela? Vaya gilipollez. Esas ideas eran para los débiles de mente y corazón. Con lo que había visto y soportado en su vida, no podía ni siquiera pensar en esa posibilidad. Darle tanto poder a alguien como para poner en sus manos toda la futura felicidad era una auténtica locura. Más que nada porque sabía que estaría hipotecando su futuro sin posibilidad de redención.

»Jillian, concéntrate. Has tenido tu noche, ahora bien puedes esperar otro par de años para otro revolcón.

Gimió apoyándose contra la pared de la ducha mientras el agua caliente caía sobre sus doloridos músculos.

¿Dos años más de celibato? No, por Dios. Siempre había disfrutado como el que más del sexo y estaba cansada de conformarse con uno de aquellos juguetitos rosa de chica que funcionaba a pilas.

El teléfono la sacó de sus lamentos y del baño. Corrió por media casa chorreando agua, sin molestarse en coger ni una toalla.

Descolgó en el último momento.

—Ya iba a colgar —la amonestó Susan—. ¿Se puede saber dónde te has metido? Me tenías preocupada. Tienes a tus alumnas maduras esperando en la puerta y no digas que no te aviso, parecen bastante malhumoradas.

Jillian gimió.

—¿Qué hora es?

—Tarde —espetó la otra secamente—. ¿Te has acostado con Thomas?

¿Había un filo de frialdad en su voz? A pesar de las circunstancias no pudo contener su sonrisa. Vaya, vaya, así que la dulce Susan tenía más interés en el ex-policía de lo que había querido admitir el día anterior.

—¿Te molestaría si hubiera sido así?

—No, por supuesto que no. —Indignación y ese tono agudo que contradecía sus palabras.

Podría haberla hecho sufrir un poco más, pero no era su estilo.

—No me he acostado con Thomas, soy más de bomberos.

—No... ¡Tú llamaste a ese número!

—Culpable —aceptó—. Aunque no ha tenido nada que ver con esas fantasías prometidas.

—No entiendo nada.

—No tengo tiempo de explicártelo. Estoy chorreando desnuda sobre mi suelo de madera. ¿Quedamos para tomar un café rápido a media mañana?

—No te vas a escapar tan fácilmente, quiero saberlo todo. ¡Con detalles incluidos!

—Ya veremos.

—¿Quién fue? Vamos, dime al menos eso.

—Adiós, Susan.

Y colgó sin dar más explicaciones y con una sonrisa en la cara. No sabía por qué se sentía bien, cuando acababa de decidir no tener nada más con aquel hombre, pero había algo en el aire... Sí, eso debía ser. El aire de Gold River estaba confundiendo a sus hormonas.

Tras permitirse un par de segundos de evasión, corrió a su dormitorio y se enfundó en su ropa de deporte, cogió el macuto con la ropa limpia, se calzó sus zapatillas y corrió hasta el gimnasio.

La recibieron algunas caras largas, que cambiaron en cuanto la miraron un poco más fijamente.

Incluso una de las mujeres mascullo:

«Alguien ha tenido suerte esta noche».

Y la clase que debería haberlas convertido en perfectas defensoras del débil y el inocente se convirtió en una interesante tertulia en la que la dura Jillian acabó roja y su público extremadamente satisfecho.

Especialmente cuando Christian abrió la puerta y la miró como si fuera el último vaso de agua en el desierto y él fuera un hombre sediento.

A todas las presentes les quedó claro que acababa de ser reclamada.

Y de qué manera.

Chris pensó que Jillian iba a arrancarle la yugular a la primera de cambio, sin embargo, pareció más aturdida que enfadada cuando se presentó ante ella con aquel enorme ramo de rosas. Todavía recordaba la cara de satisfacción de la florista cuando le había preguntado quién era la afortunada.

Habló antes de recordar que Susan y la que esperaba fuera algo más que una simple conocida, eran grandes amigas. La mujer mostró una gran satisfacción y sospechaba que en cuanto salió por la puerta había descolgado el teléfono para avisar a todo el equipo.

Y por equipo se refería a ese grupo de mujeres que solía ver los viernes por la noche reunidas con Jill. ¿Qué les diría? Esperaba que fuera optimista respecto a sus probabilidades, porque no quería fracasar.

—Espero no interrumpir —dijo aclarándose la garganta. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido como un adolescente torpe e inexperto? Ni siquiera podía recordarlo—. Solo vi las flores y tuve que comprarlas.

—No soy tu novia —espetó dando un paso atrás, como si le estuviera

ofreciendo algo con capacidad para devorarla en dos segundos.

—¿Por qué no? Quiero decir, míranos, hacemos una buena pareja.

Un coro de afirmaciones sonó alrededor de los dos. Se sintió un poco cohibido, pero no permitió que eso se interpusiera. Hoy no, estaba en juego una aventura deliciosa con una traviesa y sabrosa mujer que afectaba a todos sus sentidos.

Era adicto a su aroma y a ella. Todavía tenía su sabor en la lengua y quería más, no estaba seguro de ser capaz de ignorar la noche pasada como si nunca hubiera sucedido. Ni hoy ni mañana, probablemente no en mucho tiempo.

—Estoy trabajando, Christian. No es un buen momento.

—Es el mejor, nena —dijo una de las ancianas—. Nosotras tenemos más experiencia que tú, podemos aconsejarte.

—Agárralo fuerte y no lo dejes escapar —espetó otra—. Si yo tuviera treinta años menos...

Christian sonrió con más confianza. Con aquellas aliadas, la suerte debería estar de su lado, ¿verdad?

—Solo te pido intentarlo, con nuevas normas, Jill. Solo tú y yo.

—Tú no eres así. ¡Eres un maldito casanova! Los dos lo sabemos, tenemos la certeza. ¿Cómo podría confiar en que vas a cambiar?

—No voy a prometerte que sea diferente a lo que soy, pero si puedo asegurarte que jamás te mentaré. Si esto se acaba o va tan lejos que no podamos soportarlo, daré un paso atrás y no te pediré nada, Jill. Lo juro. Puedes confiar en que siempre escucharás la verdad de mis labios y que no te traicionaré. Nunca te he mentado, ni entonces ni ahora, es un defecto que no poseo y lo sabes.

—¿Y si no funciona? ¿Y si...?

—En el amor no hay garantías, nena —añadió una tercera voz de mujer

—. Los más golfos, a menudo son los que más se enganchan. ¡No dejes pasar la oportunidad!

—Tienes mi palabra, Jill —dijo buscando sus ojos e imprimiendo en su gesto la verdad de sus palabras.

La mujer seguía sin parecer demasiado segura, pero podía ver que empezaba a recapitular.

—Nada de compromisos ni de etiquetas —advirtió.

La fachada se estaba resquebrajando. ¡Por fin!

—Sin etiquetas, lo juro.

—No soy tu novia ni tu mujer ni...

—¿Jillian? —inquirió él cortando su diatriba.

—¿Qué? —espetó molesta.

Christian esbozó una sonrisa, estiró una mano atrayéndola a él y entregó las rosas a una de las mujeres del público. Cuando la tenía lo suficientemente cerca como para rozar su piel, susurró muy cerca de sus labios, un instante antes de besarla.

—Cállate.

Y los aplausos sonaron a su alrededor, cuando los dos se perdieron en un intenso y salvaje beso.

EPÍLOGO

Un mes después.

—¿Dónde has metido el mando a distancia de la tele? —gruñó Jillian de malas maneras. Llevaba irascible un par de días, pero ya estaba acostumbrado.

—Mira debajo del cojín del sofá. Puede haberse colado dentro.

—¡Su sitio es sobre la mesa de cristal! Joder, Chris, podrías ser un poco más ordenado.

Oh, sí. ¡Qué bonito era el amor! La vida en pareja era una auténtica gozada.

Puso los ojos en blanco y rebuscó por ella, hasta que se lo entregó.

—Aquí lo tienes.

Un suspiro cansado abandonó sus pulmones, al mismo tiempo que tomaba asiento a su lado. La atrajo a su pecho y le acarició la frente con los labios, dándole un casto beso.

—¿Por qué estás tan nerviosa esta noche?

—No lo sé. Es solo que tengo una sensación rara, eso es todo.

Christian puso dos dedos bajo la barbilla de su chica, para que los ojos de ambos se encontraran.

—¿Es por que ha pasado un mes de ese beso?

—¡Ese fatídico beso que salió hasta en el periódico local! Y ahora... ¡han vuelto a sacarlo! Un mes de relación de la feliz pareja de Gold River. Dos héroes... ¡¡GRRRRRR!! Mataría a esa periodista de medio pelo.

—Tranquila, Jill. Sin etiquetas, sin compromisos, sin temores.

—Lo sé, pero me repatea que todo el mundo cuchichee.

—Solo importamos nosotros dos —la besó, sintiéndose en casa. Llevaba con esa agradable sensación desde que había tomado la decisión de seguir adelante con Jill. Su relación, fuera esta lo que fuera, se basaba en la sinceridad. Discutían de vez en cuando, se arrancaban la ropa varias veces al día y sobre todo hablaban, reían y compartían momentos de sus días. Nunca se había sentido tan satisfecho.

Ni siquiera quería pensar en lo mucho que aquello se parecía a una relación, por si el viejo yo pretendía poner alguna traba en su camino. Juntos eran mejores personas y eso era lo que contaba.

—Deberías irte a casa, Chris. La gente ya dice que pasamos mucho tiempo juntos, pronto hablarán de planes de boda y eso sí que no.

—¿Y qué importa lo que diga la gente? A mí solo me importas tú.

Jillian se relajó entre sus brazos y le acarició el descubierto torso con las puntas de sus dedos.

—Lo sé.

—¿Alguna vez pensaste...?

—¿Que las cosas podrían ser así entre nosotros? —terminó por él, sorprendiéndole de nuevo que sus mentes estuvieran tan conectadas.

—Sí.

—Sabía que podían ser muy buenas, pero no sé si así. Me gusta tenerte aquí y eso me da muchísimo miedo. He perdido muchas cosas y a muchas personas a lo largo de mi vida y no quiero perderte a ti.

Christian sintió una gran satisfacción al escucharla. Aquel era un paso muy importante. Que admitiera que le importaba era casi casi una declaración de amor.

—No me vas a perder. ¿Todavía no te has dado cuenta?

—Si me dices que me quieres te rompo una pierna.

El hombre se rio, la atrapó con fuerza entre sus brazos y la miró con intensidad a los ojos.

—Entonces mejor te diré que no te quiero, que nunca podré estar contigo, que incluso te odio.

—Música para mis oídos —gimió besándolo con un hambre inusitada.

Así era siempre para ellos dos.

—Sin embargo, te he comprado algo...

Vaya, ahora si se sentía nervioso y eso que no se trataba de un anillo de compromiso.

Jillian lo miró con desconfianza, tan solo se tranquilizó al ver el tamaño del paquete.

—¿Qué es?

—Una muestra de mi odio hacia ti —dijo divertido.

No logró esperar más de tres minutos en desvelar el misterio y cuando sacó la daga de su paquete y la desenvainó permitiendo que la luz brillara en la afilada hoja, sus ojos se llenaron de una intensa ternura.

De alguna manera, había logrado tocarle el corazón.

—¿Por qué?

—Porque me has dado una nueva esperanza, Jill. Me has hecho darme cuenta de que soy algo más que un pedazo sexy de carne del que disfrutaban las mujeres. No es algo de hoy, sino de siempre. Me haces sentir valioso como nunca me había sentido antes y quiero que sepas que suceda lo que suceda en el futuro, una parte de mí siempre estará aquí, contigo.

Le acarició el rostro, apartándole el pelo de la cara y sonrió mostrando una vulnerabilidad que nunca le había entregado a nadie.

—Pero yo no te he comprado nada, Chris. No deberías decir...

—Soy mejor hombre cuando estoy contigo y no quiero perder eso. Cuando vi esa daga, con la empuñadura del dragón, supe que tenías que

tenerla, porque eres fuerte y legendaria y tu espíritu es tan poderoso que contagias a los que estamos a tu alrededor. Nos das vida y paz interior.

—Eso suena demasiado filosófico para ti.

—Despiertas zonas dormidas de mi carácter —bromeó.

Sin embargo los dos sabían que aquel momento era especial y serio, que lo recordarían para siempre.

—No te odio, Chris. Juré que no lo diría jamás, juré que nunca dejaría que nadie tuviera tanto poder sobre mí, pero yo... te quiero. Y siento romper la promesa que te hice, pero eres... Dios, eres el hombre que quiero en mi vida, por tanto tiempo como me quieras en ella.

Christian la besó, sintiéndose más posesivo que nunca antes en el pasado.

—Entonces será por mucho tiempo, porque este bombero no se marcha a ninguna parte.

Y sin palabras, tan solo con sus acciones, le demostró su «te quiero».